

DPH
A02
I45J

JIBAL PONCE

JOSE INGENIEROS

SU VIDA Y SU OBRA

EDITORES: IGLESIAS Y MATERA - LAVALLE 1653

BUENOS AIRES - 1948

Dr. Hector P. Argenti, con
el aprecio de
Adriano Fozice

Octubre 20/1948

NECTOR L. BUSTINGORRI
PSICOLOGO CLINICO
M. P. 04798

JOSE INGENIEROS
SU VIDA Y SU OBRA

LECTOR L. BUSTINGORRI
PSICOLOGO CLINICO
M. P. 04798

OBRAS COMPLETAS
DE
ANIBAL PONCE

★

PUBLICADO:

SARMIENTO, constructor de la Nueva Argentina.
DE ERASMO A ROMAIN ROLLAND.
PROBLEMAS DE PSICOLOGIA INFANTIL.
EL VIENTO EN EL MUNDO (Conferencias a los estudiantes y los obreros).
DIARIO INTIMO DE UNA ADOLESCENTE.
LA VEJEZ DE SARMIENTO.
AMBICION Y ANGUSTIA DE LOS ADOLESCENTES.
EDUCACION Y LUCHA DE CLASES.
ESTUDIO DE PSICOLOGIA.
APUNTES DE VIAJE.
JOSE INGENIEROS, su vida y su obra.

EN PRENSA:

LOS AUTORES Y LOS LIBROS.

DPA
A.02
I45J

ANIBAL PONCE
OBRAS COMPLETAS

JOSE INGENIEROS
Su vida y su obra



00026401N

A.02 I45j Dph

Ponce. Anibal

José Ingenieros

BUENOS AIRES
EDITORES: IGLESIAS Y MATERA
1948

45244

FACULTAD DE PSICOLOGIA
Inventario
2640 17

Hecho el Registro de Propiedad Intelectual.
Ley 11.723
Reservados todos los derechos.

INDICE

	Pág.
I. Una juventud magnífica	11
II. El psiquiatra y el criminólogo	37
III. De la psicología a la sociología y la moral	69
IV. Hacia la filosofía	97
V. El escritor	133
VI. El maestro	141



Historia de la Psicología

Como un homenaje en el vigésimo tercer aniversario del fallecimiento del inolvidable maestro Dr. José Ingenieros, los editores de las Obras Completas del extinto escritor argentino Aníbal Ponce, se complacen en proporcionar estas magníficas páginas de su dilecto alumno, que fueron publicadas en la Revista de Filosofía del mes de enero de 1926, año XII, pág. 1, N. 1, con motivo de su fallecimiento, para que los estudiosos y el público "que lee", encuentren una valiosa consulta para una historia de Ingenieros.

"Gracias a él, la Argentina llevará su aporte a la historia más alta de la cultura; gracias a él las historias de la filosofía, que son la élite de las historias, no ignorarán el nombre de su pueblo". (N.E.)

I

UNA JUVENTUD MAGNIFICA

CUANDO Ingenieros entró a la juventud, había llegado a su crepúsculo la briosa generación del año 80. Después de renovar la cultura del país, bajo la mirada vigilante de Sarmiento, sus hombres se habían dispersado, añorando en el destierro voluntario o en la abdicación consentida, los anhelos superiores de una juventud rica en esperanzas.

Sobre las preocupaciones groseras del enriquecimiento y de la política seguía latiendo, sin embargo, el inquieto afán de las cosas del espíritu. Un afán, desde luego, restringido y egoísta; el afán de una oligarquía que discutía como asuntos de familia los negocios del país, pero que sabiendo gustar los más finos matices de la literatura y del arte, no desdeñaba en acoger y en aplaudir cualquier retoño intelectual por alejado que fuera. Buenos Aires era, entonces, —y quien dice Buenos Aires, dice naturalmente, la nación—, algo así como un gran *club* cuyos miembros se conocían todos entre

sí y todos entre sí, se respetaban. Movían los capitales y las ideas; alternaban en la prensa, en el foro, en el parlamento y en la cátedra. Los mismos que polemizaban en los diarios de la mañana, se encontraban a la tarde en Palermo o en Florida y comentaban por la noche en el cenáculo íntimo el último chisme de la política o la última novela de Bourget. Viajes frecuentísimos a Europa les habían dado con una mayor amplitud de horizontes, la más exacta perspectiva de los problemas del terruño. Pero había en el fondo de tanta actividad aparente una molicie no disimulada, una verdadera holganza voluptuosa. Más preocupaba la gracia sonriente que la disciplina adusta; la improvisación periodística que el libro trabajado; la espontaneidad de la crónica que los rigores de la estilística. Y Miguel Cané, que mantenía, por entonces, el cetro literario, como un gran señor de las letras, escribió para uno de sus libros *Prosa Ligera*, el título que debiera llevar toda su obra.

Un género de estudios alcanzó, sin embargo, en aquella atmósfera de liberalismo discreto, un vigoroso impulso que ha llegado hasta nosotros. Las ciencias naturales, descuidadas o desconocidas, adquirieron de pronto, una lozanía asombrosa y mientras Ramos Mejía inauguraba la producción científica en las disciplinas médicas, Ameghino construía, piedra a piedra, el más alto monumento de la paleontología americana.

No obstante sus defectos y sus insuficiencias, los hombres del 80 dieron al país, una tradición de cultura. Gracias a ellos, las puertas de la gran aldea quedaron abiertas para siempre y gracias a ellos también, la alta inspiración de Taine y de Renán ha dejado, en nuestro espíritu, una influencia decisiva.

*
* * *

Las postrimerías del siglo XIX y los comienzos del siguiente, fueron, para nosotros, los años iniciales de una renovación fundamental. La influencia de Rubén Darío y el advenimiento del socialismo transformaron de manera definitiva, las características del ambiente porteño, imponiendo aquél la disciplina del arte, inaugurando este otro la política de ideas.

Bajo la influencia vigorosa de Darío, la literatura dejó de ser, como lo fuera hasta entonces, un pasatiempo o una coquetería, para convertirse en una verdadera disciplina que exigía, como virtud primera, la voluntad laboriosa. Lo que resultó de ese esfuerzo es casi historia de hoy: el estudio profundo del idioma, la libertad en la métrica y en la prosodia, el fino sentido de los matices, la originalidad de las imágenes, consiguieron imprimir al castellano de América, ligereza de ala y suavidad de seda. Pero si eso solo basta para atribuir a Darío un

papel culminante en la historia literaria, la amplitud de su influencia le señala como a un obrero eficiente de nuestra cultura. Los jóvenes que se agruparon en su torno, compartieron sus curiosidades y sus inquietudes. Autores desconocidos, literaturas lejanas, religiones remotas, comenzaron a vivir y a actuar por su intermedio. En este sentido, puede afirmarse que Darío fué, en nuestro medio y en su hora, un verdadero civilizador.

El socialismo, por otro lado, reencendía la lámpara idealista del *Dogma* echeverriano. La vieja y mezquina política criolla, agitada tan sólo por disputas de facciones y de banderías, alcanzaba, por fin, un contenido ideológico y científico. Media docena de hombres estudiosos: Payró, Justo, Malagarriga, Molina y Vedia, Ghirardo, Bunge, reunidos a unos cuantos obreros extranjeros, empezaron a agitar, en el ambiente de la ciudad burguesa, el estandarte rojo de los ideales socialistas.

Los iniciadores del movimiento *modernista* eran, con escasas excepciones, los mismos soldados de la transformación social, y en los alrededores de 1897, literato y socialista tenían un igual significado. Las reflexiones positivas de unos pocos contrastaban con los anhelos inseguros de los más, pero había en todos la misma esperanza en la lucha y el mismo regocijo en el esfuerzo. Mientras Justo escribía folletos de propaganda o fundaba el primer centro de estudios, Molina y Vedia inauguraba su *Yasnaia Poliana*, o proyectaba una colonia de

anarquistas, en fantásticas tierras paraguayas. La huelga de mecánicos del ferrocarril del Sud, que se iniciara en Sola y se propagó a Tolosa, arrastrando en el movimiento a ocho mil obreros de gremios diferentes, demostró al público asombrado hasta dónde había llegado la eficacia de la prédica. La oratoria, en realidad, se derramaba a torrentes. Una vez el "compañero" Martino peroraba en La Plata dando tiempo a la llegada de un tren en que debía venir su sucesor. Pero como este avisara que sólo podría llegar en el siguiente, el orador continuó hablando durante dos horas y media, mientras se renovaba su auditorio para poder resistir a aquel manantial inagotable de elocuencia.

Otra vez, la propaganda adquiría caracteres no previstos. Cierta día, el señor cura de Magdalena, don Benigno Prado López, creyó oportuno poner en guardia a sus feligreses contra las artes perversas de un orador socialista que llevara hasta el pueblo, poco tiempo atrás, la mala simiente de las nuevas ideas. Diriales, sin duda —los argumentos no han variado—, cómo el socialismo amenaza la patria, destruye los hogares, envilece las conciencias. Súpolo el orador y a su regreso al pueblo, invitó al reverendo a una pública controversia. La controversia debía realizarse el lunes 28 de diciembre de 1896 a las 8 pasado meridiano, en la cancha de pelota, frente a la plaza principal.

El domingo por la mañana, en la misa mayor, que congregaba por supuesto, a la mejor sociedad de Magdalena, mientras el cura predicaba, vió entrar a la iglesia y mezclarse entre los fieles, al orador anatematizado. Lo habían llevado hasta allí, propósitos que no eran, con seguridad, ni los de la religión ni los de su partido. Pero el cura, vió inmediatamente la posibilidad de un gran sermón y comenzó a vociferar desde la altura.

Lejos de salir corrido, el intruso lo escuchó pacientemente y cuando el párroco hubo terminado avanzó hasta el púlpito y subió. Era un muchacho flaco y desgarbado, que vestía la chaqueta azul de los obreros, y en cuya cabeza anñada, la cabellera crespa parecía un penacho.

Sin exageraciones pero con energía, replicó a las injurias, defendió al socialismo, e invitó a los feligreses para la controversia de la noche siguiente.

Lo que en esos momentos ocurrió en la iglesia aquella no es para contarlo. Un tumulto descomunal subrayaba cada párrafo del discurso, y las palabras finales no alcanzaron tal vez a ser oídas...

En la comisaría local, ante la sonrisa incrédula de los empleados, dijo ser estudiante de medicina y llamarse José Ingenieros.

*
* *

Había nacido el 24 de abril de 1877. Era su padre un revolucionario italiano emigrado, fundador de la Internacional y director del primer diario socialista de su patria. Frecuentaba entre nosotros, los círculos masones y anticlericales, colaborando en algunos diarios liberales del país. Su casa se había convertido en el centro obligado de reunión de cuantos hombres de la izquierda pasaban por acá. De aquel grupo curioso de conspiradores, intelectuales, anarquistas y masones, vale la pena recordar el nombre de Enrique Malatesta, que permaneció en Buenos Aires hasta el 89; el del doctor Pedro Malo, higienista famoso, y el de Alejo Peyret, el insigne educador.

En ese ambiente de liberalismo sin tibiezas, Ingenieros pudo cultivar su temperamento, desde muy temprano, sin malgastar energías en la lucha, siempre penosa, de arrojar al olvido los prejuicios ancestrales. Había aprendido, siendo muy niño, a corregir pruebas de imprenta, tarea que su padre retribuía con obsequios de libros no mal seleccionados. Para enseñarle italiano, francés e inglés, solía encargarle traducciones, tasadas a razón de unos cuantos centavos por la página. Algunas, de libros enteros, no se publicaron nunca, y muchos años después, Ingenieros comprendió que respondían a un plan de educación.

Cursó primeras letras en el Colegio Catedral al Norte, dirigido entonces, por el eminente maestro don Pablo

Pizzurno, por quien conservara, toda su vida, un respeto cariñoso.

En 1888 ingresaba al Colegio Nacional de la calle Bolívar, el único que existía en aquella época y lugar de reunión, naturalmente, de todos los que habían de emprender estudios superiores. Tan estudioso como bochinchero, se le veía siempre entre los primeros de su clase y entre los primeros de la huelga. Un periódico estudiantil, "La Reforma" —la revista de siempre que sólo alcanza al tercer número— le tuvo por director y desde sus páginas, que se imprimían en *la piedra*, colocó, con algunos otros compañeros, las primeras banderillas...

Por aquel entonces, uno de sus profesores, el doctor Francisco Barroetaveña, *leader* cívico de extraordinario prestigio, ejercía sobre los alumnos una sugestión cuyos alcances habría de apreciar muy pronto. Al estallar la revolución de julio del 90, cívicos entusiastas todos ellos, marcharon animosos hacia el Parque, donde su participación apenas si llegó, de más está decirlo, a un rápido vistazo de curiosidad.

Al año siguiente, Ingenieros aparece en los diarios, encabezando comités estudiantiles y pronunciando discursos en las parroquias. Secretario del comité de San Miguel, en 1893, la revolución provincial del mismo año lo arrastró en el asalto a la municipalidad de Barracas al Sur, hoy Avellaneda y a la desgraciada escaramuza

que la exageración contemporánea dió en llamar "combate" de Ringuelet.

Ese año de 1893, que fué el de su bachillerato, señaló en su vida el único instante de vacilación. La amplitud de su curiosidad intelectual no había encontrado, aún, el género especial que le fuera predilecto. Y con una audacia en la que había algo de doloroso, resolvió ingresar al mismo tiempo, en las facultades de medicina y de derecho. Asiduamente asistió a las dos escuelas, pero al finalizar el primer año sólo rindió los exámenes correspondientes a la de medicina, decidida ya su vocación por las ciencias naturales.

*
* *

No se habían extinguido, sin embargo, sus inquietudes políticas, y después de la revolución del 93, dividida la Unión Cívica, empezó a frecuentar los centros socialistas, incorporándose de hecho al partido que nacía.

Fué en el pabellón de Practicantes del Hospital Nacional de Clínicas, (1894-1895), donde se realizaron las primeras reuniones del *Centro Socialista Universitario*, del cual habrían de salir algunos de los actuales dirigentes: Bunge, Giménez, Dickman. Tenía, entonces, 18 años y era redactor y administrador de *La Vanguardia*, secretario general y *factotum* del partido.

Los dos años subsiguientes fueron de propaganda fervorosa y el 1º de abril de 1897 aparece dirigiendo "La Montaña", en colaboración con don Leopoldo Lugones, un recio muchacho cordobés que había descendido de las sierras para conquistar a Buenos Aires. El periódico se decía "socialista revolucionario" y discutía problemas de sociología, de arte y de filosofía.

En su primer número, que lleva la fecha del 12 vendimiario del año xxvi de la Comuna, Ingenieros escribió este programa, magnífico en su misma sobriedad y del cual no se habría de apartar un sólo día:

"Somos socialistas:

"a) porque luchamos por la implantación de un sistema social en que todos los medios de producción estén socializados; en que la producción y el consumo se organicen libremente de acuerdo con las necesidades colectivas, por los productores mismos, para asegurar a cada individuo la mayor suma de bienestar, adecuado en cada época al desenvolvimiento progresivo de la Humanidad;

"b) porque consideramos que la autoridad política representada por el Estado, es un fenómeno resultante de la apropiación privada de los medios de producción, cuya transformación en propiedad social implica, necesariamente, la supresión del Estado y la negación de todo principio de autoridad;

"c) porque creemos que a la supresión de todo yugo económico y político seguirá necesariamente la de la opresión moral, caracterizada por la religión, la caridad, la prostitución, la ignorancia, la delincuencia, etc.

"d) porque, en resumen, queremos al individuo libre de toda imposición o restricción económica, política y moral, sin más límites a la libertad que la libertad igual de los demás.

"Así —solamente así— concebimos la misión que el socialismo ha de realizar para la Libertad y por la Revolución Social".

Durante seis meses, el sonoro repique de aquellos muchachos alborotó la ciudad. Por vez primera en nuestra historia, se proclamaban desde las páginas de un periódico, con tono tan decisivo, los ideales del socialismo revolucionario. Pasados los primeros momentos de estupor, la reacción se definió rotunda y "La Montaña" alcanzó muy pronto el mayor de sus éxitos: los honores de la persecución judicial.

El grupo revolucionario —y lo era, doblemente, en la literatura y en la sociedad— reapareció fugazmente en la *Atlántida*, que fundara José Pardo, un joven escritor cuyo nombre había figurado, entre los colaboradores de *La Montaña*, al pie de un soneto titulado "El burgués", que llegó a ser famoso por lo malo.

Y como aquella tribuna no les pareciera suficientemente alta, *L'Humanité Nouvelle* comenzó a publicar

trabajos de Ingenieros junto a las firmas consagradas de Reclus y Kropotkine.

*
* *

El núcleo juvenil que se había formado en torno de *La Montaña*, llevó al dominio de las letras, con la misma impetuosa acometida, el mismo anhelo de libertad. Se juraba por Marx como se juraba por Verlaine, y se proclamaba en alto, la ruina de la vieja preceptiva como se había proclamado la ruina del Estado.

Diez años atrás un grupo de escritores, de pintores y de músicos, habían conseguido afianzar el "Ateneo" como a un vigoroso centro de cultura. Pero después de un período brillante, sus prestigios amenazaban desvanecerse. La incorporación de Rubén Darío, que reinaba entre los jóvenes con la plenitud de su brillo, trajo en 1898, los mejores días de su historia. Admiradores y enemigos empezaron a girar en torno de él. De un lado, los hombres maduros que miraban su prédica con poca simpatía —Obligado, Oyuela, Martinto—; del otro, los que, teniendo un nombre ya formado, supieron, sin embargo, incorporarse al movimiento —Jaime Freire, Leopoldo Díaz, los Berisso—, y entre unos y otros, aturdiendo a todos con el estrépito de sus algarcadas, los que recién entraban a las letras, ansiosos de

lucha y de renombre —Lugones, Ingenieros, Díaz Romero, Becú, Monteavaro, Goycochea Menéndez—. Por la edad, por el impulso, por las tendencias, formaron de inmediato la extrema izquierda del Ateneo y Rubén Darío, que se decía anarquista católico, se convirtió, naturalmente, en el jefe superior de aquella briosa hermandad del Arte Nuevo. Bajo sus auspicios, el poeta Eugenio Díaz Romero, emprendió la edición de *El Mercurio de América* y en su local de la calle Florida, plantaron sus tiendas los mismos muchachos que se iniciaron en *La Montaña*, revolotearon en *Atlántida* y se impusieron en el "Ateneo". Aquel momento extraordinario de nuestra vida literaria no ha sido contado todavía. Las cofradías, abundantes como nunca, alborotaban las redacciones, invadían los teatros, distraían, a medio mundo, con el bullicio de su buen humor.

Un grupo sobre todo —el grupo de Ingenieros— adquirió relieve tan marcado, que sus desplantes y sus genialidades constituyeron, durante muchos años, el comentario obligado de la ciudad. Rubén Darío dió en llamar a ese grupo, "La Syringa", y con ese nombre se incorporó, definitivamente, a la mejor tradición de la alegría porteña.

*
* *

Jamás se vió en Buenos Aires mayor derroche de ingenio, una desfachatez tan simpática, tanta fuerza humorística, tanta fantasía improvisadora. La solemnidad de los ateneístas, los refinamientos absurdos del decadentismo, el ingenuo candor de los recién llegados, la ignorancia de los palurdos enriquecidos, dieron a la famosa sociedad secreta, los motivos inagotables de sus audaces travesuras.

Circulaban sobre su origen y sus alcances, leyendas inverosímiles que sus sacerdotes se complacían en propalar. No se sabía a ciencia cierta, cuáles eran las ceremonias de sus ritos ni qué sentido oculto se escurría por entre el abracadabra de sus fórmulas. El núcleo central de los *pentarcas* —Ingenieros, Ojeda, Doello, Pardo y Monteavaro—, que no obstante su título se agrandaba a veces hasta veinte o se estrechaba hasta uno, sólo concedía, en momentos de muy rara intimidad, que una noche de conversaciones satanistas y en un instante de éxtasis mental, Ingenieros y Darío habían descubierto “la preexistencia, existencia y subsistencia” de una extraña religión, misteriosa y hermética...

París también contaba, por aquellos años, sus *pentarcas* y sus esoterismos. Josephin Peladan, mago y rosa cruz, se decía iniciado en cultos nunca oídos; Pierre Louys fingía el origen helénico de su Bilitis; Mallarmé llenaba con puntos suspensivos más de una página indescifrable; Lemice Terrieux complicaba en sus tramo-

yas hasta la misma gravedad de la Academia de Ciencias; Leo Taxil, para no ser menos, enredaba a León XIII en la malla sutil de sus engaños. Y el *Mercure de France*, que inventaba poetas y creaba personajes, prolongaba hasta América los ecos de la *fumisterie*.

Del otro lado del océano, la táctica no era muy distinta. Tan pronto como aparecía alguna nueva revista literaria, los *Syringos* caían sobre ella como una bandada de gorriones. Traducían supuestos poetas coptos, tchecos, tiahuanacos; complicaban a los lectores en aventuras grotescas y, en el estilo del más horrible simbolismo, hacían caer sobre sus páginas, el desprestigio y el ridículo. Cerradas las puertas del “Ateneo”, después de una sesión literario musical escandalosa, *El Mercurio de América* se convirtió, de hecho, en el órgano oficial de “La Syringa”.

¿Qué había en el fondo de toda aquella farsa, con tanto empeño sostenida, con tanta insistencia prodigada? No era, sin duda, el propósito malsano de complacerse en la tortura; era, por el contrario, la confianza exaltada en las propias fuerzas; la afirmación rotunda de su superioridad; el deleite del reidor que arriesga su reputación en una frase o en un gesto; el peligroso deporte de la ironía que juguetea triunfante con la credulidad de los tontos o la petulancia de los infatuados; ese placer de la mistificación, en fin, tan refinado y

superior, que Merimée y Stendhal lo saborearon "en gourmets".

La Syringa fué para Ingenieros, el alarde ruidoso de su salud mental.

*
* *

En ese mismo año de 1898, Ingenieros comenzó a leer, en la *Revue Blanche* que llegaba al "Ateneo", las primeras traducciones de Nietzsche al francés. El filósofo del superhombre dejó en su espíritu, y en el espíritu de toda su generación, una huella profunda y duradera.

Así como los hombres de la generación del año 80, imbuídos de Taine y de Renán, buscaron en un frenesí de curiosidad intelectual, el mejor alimento para su diletantismo; los hombres de la generación de Ingenieros, persiguiendo direcciones más conformes a sus gustos, reconocieron en Nietzsche la exaltación y el lirismo que buscaban. Las páginas maravillosas de *Zarathustra* enardecieron, con su soplo ardiente, los impulsos juveniles de Ingenieros. Aquel himno apasionado de la vida triunfadora y fecunda despertó en el fondo de su temperamento, posibilidades ignoradas. Más que el cultivo del yo, la hostilidad al estado, el individualismo intransigente, seducíale, por encima de todo, esa salvaje energía optimista que daba por momentos un timbre de bronce

a las palabras del profeta. Como el héroe de Ibsen, Nietzsche había dicho también su "todo o nada"; y como él, no vaciló en tender su voluntad hasta la locura. ¿Podría encontrarse, acaso, un ejemplo más soberbio de heroísmo moderno, de aspiraciones hacia el futuro, de orgullosa rebelión hacia los dogmas? Las *Consideraciones Inactuales* habían gritado contra los abusos de una cultura histórica que amenazaba sofocar entre los jóvenes, la energía vital y la dicha de la acción; y después de lapidar la hipocresía de la moral reinante, *Aurora* anunciaba por fin, la inminencia de mejores días. ¿Cómo no habría de escuchar, entonces, las palabras del apóstol, una generación que entraba a la vida rompiendo con el pasado, y proclamado desde las faldas de su "Montaña", con el águila también y la serpiente, sus esperanzas y sus sueños, sus rebeldías y sus entusiasmos? Cada artículo llevaba el paso marcial de una proclama; cada polémica parecía un asalto de Bastilla; cada programa, un cartel de desafío.

"La felicidad viril —ha escrito Nietzsche— tiene un nombre: querer", y esta sentencia orgullosa, que en un libro de Ingenieros he encontrado subrayada, bien podría servir de epígrafe al capítulo primero de su juventud.

*
* *

Los compañeros socialistas y los amigos literarios no consiguieron distraerle de la Facultad y de la clínica. El conferenciante socialista de la plaza Herrera, de Barracas, que disputaba el Kiosco, desde muy temprano, a los misioneros metodistas, era el mismo literato decadente que defendía a D'Annunzio desde las páginas de *El Mercurio* y el mismo oyente interesado y atento de los cursos superiores del doctorado en medicina.

Dos profesores eminentes, José María Ramos Mejía y Francisco de Veyga —que serían más tarde, para él, un padre y un hermano— supieron reconocer en el alumno las aptitudes superiores que podrían convertirlo en un discípulo. Ramos Mejía, que dictaba la cátedra de Neurología desde 1887, y que llevaba publicadas sus dos obras famosas, *Las neurosis de los hombres célebres* y *La locura en la Historia*, se encontraba, por aquel entonces, en su plenitud meridiana. Francisco de Veyga, titular de Medicina Legal, después de inaugurar entre nosotros la psicopatología forense, introducía en esos años, el estudio de la criminología en los programas oficiales y asentaba sus prestigios en los magníficos *Estudios*.

La medicina, la literatura y la sociología contribuyeron, por igual, en los comienzos de aquella amistad. Ramos Mejía, además de sus funciones docentes, desempeñaba en aquellos años (1893-1899) la presidencia del Departamento Nacional de Higiene. Pero ni la cá-

tedra ni la administración habían conseguido entibiar su amor precoz y decidido por las bellas letras. Basta hojear algunas páginas de *La locura en la Historia* para comprender hasta dónde su estilo había conseguido impregnarse de sus supremos autores favoritos: desde Sainte Beuve y Taine hasta Gauthier y Saint Victor. Las nuevas corrientes modernistas no podían resultarle indiferentes. Se interesaba por ellas, se esforzaba en comprenderlas, y dispensaba a los jóvenes innovadores, una simpatía burlona y afectuosa. Aunque no cultivara la amistad de Darío, había una razón de primer orden para no permanecer ajeno al movimiento: el Departamento tenía por bibliotecario al mismo Eugenio Díaz Romero, director de *El Mercurio de América*. Los muchachos de "La Syringa", llevaban hasta su despacho de oficina, las mismas discusiones que a su escritorio de redacción. Y allí Ramos Mejía oyó por vez primera el nombre de Ingenieros, y se informó que era su alumno. Leyó con cariñosa dedicación sus primeros garabatos de psicólogo y sociólogo y vio muy pronto en ellos, la necesidad generosa de alentarlos.

Francisco de Veyga, por su lado, más joven que Ramos Mejía y por lo mismo en mejores condiciones para alcanzar la confianza de la amistad, no tardó en presentir, "dentro de esa inquieta actividad intelectual que había hecho ya de él una figura descollante en el mundo de las letras, un espíritu serio y reflexivo, un

alma hecha para la ciencia". Y gracias a su solicitud afectuosa, *La Semana Médica* tuvo en Ingenieros su primer secretario de redacción (1899).

Es necesario recorrer, número por número, la vieja colección de *La Semana*, para apreciar hasta dónde llegaba el empeño laborioso del joven secretario. Todas las notas bibliográficas salían de su pluma, y no, por cierto, las notas superficiales y livianas que se escriben apresuradamente recorriendo en un instante los títulos del índice, sino la nota que resume y que aclara, que critica y que compara; la nota, en fin, que da al lector, la sensación aproximada del volumen, la síntesis honesta de su desarrollo.

Las actividades de secretario fueron para Ingenieros, de un provecho científico inmediato y el autor de *Las Doctrinas de Ameghino* mucho aprendió del secretario de *La Semana Médica*, la rapidez en comprender la obra ajena y la facilidad de concentrar, en pocas frases cristalinas, el pensamiento director de un largo capítulo confuso.

*
* *

La llegada a Buenos Aires del célebre criminólogo y anarquista Pietro Gori, acentuó en Ingenieros su inclinación a los estudios de antropología criminal, que ya

había iniciado precozmente. Y fué en *Criminología Moderna*, la revista que Gori publicara entre nosotros, donde escribió Ingenieros sus primeros ensayos penalis-tas. Al mismo tiempo, la *Revista de Derecho, Historia y Letras*, publica sus ensayos iniciales sobre sociología argentina y entre otros la crítica agudísima a *Las Multitudes Argentinas*, minuciosa como una pericia, terminante como una lección.

Pero se acercaban los días de su doctorado. Decidida su vocación por la patología mental, algunas obras de Charcot, de Maudsley y de Lombroso le entreabrieron sus secretos, pero fué Morselli, entre todos, quien consiguió entusiasmarlo con esa *Semiología* admirable que no ha sido todavía superada. Para un hombre de su cultura y de su talento la patología mental debía tener y la tuvo, por fortuna, la sugestión de un hechizo. No se leen, en vano, los mecanismos del delirio o de la alucinación; no se asiste, indiferente, a esos accesos de locura circular en que parecen sucederse alternativamente, dos personalidades en contraste; no se analiza, con frialdad, ese fondo mental de la demencia en que parece quedar al descubierto, como el peñón al retiro de las aguas, la roca viva de nuestra organización hereditaria. Para un hombre de estudio, la psiquiatría presenta, infinitamente más que cualquier otra rama de la medicina, el interés inagotable de los mayores problemas. De todas las especialidades, ella es la que exige los menos especialistas.

La embriología y la anatomía patológica, la biología y la sociología, la psicología y la antropología, participan, por igual, en la cultura del psiquiatra. Como que no es posible meditar un instante sobre el desquicio de la enfermedad sin sentir al momento la tentación de conocer la intimidad de su substratum, despistar su secreto, arribar a conclusiones. Por otro lado, los desarreglos del funcionamiento mental invitan a pensar sobre los desarreglos del funcionamiento social y a transferir esa misma inquietud, a los problemas superiores de la filosofía y la moral. Ninguna ciencia, en verdad, nos hace palpar, de manera más definitiva, la fragilidad del pensamiento humano, la ilusión del esfuerzo voluntario, el predominio constante de la influencia ancestral.

Por aquel entonces, un proceso ruidoso —Wanklin-Echegaray— dió origen a controversias y peritajes numerosos, pues mientras unos sostenían que se trataba de un enfermo, alegaban los otros que se estaba en presencia de un simulador. El caso incitó a Ingenieros a estudiar el tema y a elegirlo como asunto para la tesis doctoral.

La Simulación de la Locura (1900) había de revelar muy pronto cuáles eran las conquistas de su curiosidad amplísima.

Y como el estudio sesudo no consiguió extinguir jamás el fondo retozón de aquel niño travieso, la tesis

llegó a ser, al mismo tiempo, un motivo de asombro y un motivo de escándalo.

Por la escasez de sus recursos había pasado una nota a la Facultad de Medicina solicitando se le eximiera de una prueba onerosa que el reglamento imponía como una obligación. Entre expedientes y consultas, el casi galeno llevaba perdidos algunos meses. Desalentado ya, un buen día ofreció al portero de la Facultad dedicarle su tesis si conseguía el pronto despacho de la solicitud y como lo hiciera en pocas horas, su nombre ha llegado hasta nosotros en una dedicatoria que pareció irreverente: "Al modesto y laborioso Maximino García, portero de la Facultad".

Una tesis con tal dedicatoria sólo a Eduardo Wilde se le podía confiar en padrínazgo, a Eduardo Wilde cuya tesis famosa sobre *El Hipo* fuera también, en su tiempo, una pedrada en los vidrios de la Facultad. Cuando llegó el momento del examen, algún académico intentó reprochar su gesto irrespetuoso. Levantándose de su sillón de examinando, Ingenieros preguntó si había sido invitado a exponer su sabiduría o a defender sus afectos...

*
* *

El diploma no estaba todavía entre sus manos y ya Ramos Mejía lo había hecho su jefe de clínica en la cá-

ANIBAL PONCE

tedra de Neurología, y Francisco de Veyga, su jefe de clínica también, en el Servicio de Observación de Alienados que acababa de fundar en la Policía de la Capital como un anexo a su cátedra de Medicina Legal (1900). Tenía, entonces, 23 años de edad y estaba consagrado como psiquiatra, sociólogo y criminalista.

Al año siguiente, con motivo del Congreso Científico a realizarse en Montevideo (marzo de 1901), el gobierno argentino le confía la más alta distinción a que puede aspirar un ciudadano: la embajada intelectual de su país.

II

EL PSIQUIATRA Y EL CRIMINOLOGO

INGENIEROS inauguró su carrera de psiquiatra con una obra magistral. Han corrido ya veinticinco años y *La Simulación de la Locura* sigue siendo, todavía, la última palabra en la materia. En todos los tratados de psiquiatría y medicina legal —desde Bianchi hasta Otolenghi— se comentan sus opiniones y se las adopta. No se concibe sobre el mismo asunto, nada más nítido y definitivo.

Pero no es posible referirse a este gran libro de su juventud, sin colocarlo dentro del amplio cuadro de *La simulación en la lucha por la vida*, que le sirve de introducción, da su verdadero alcance e ilustra de manera clarísima la mentalidad vigorosa del autor.

El primer libro de los grandes escritores tiene, por lo común, para su historia intelectual, un significado profundo. En los hombres de letras se siente palpar, bajo las influencias sobreagregadas del ambiente, un ritmo personal e inconfundible. Dijérase que el estilo, no defi-

nido todavía, repite, sin embargo, en cada frase, un mismo e insistente *leit motiv*. En los hombres de ciencia, la obra primigenia anticipa precozmente las líneas generales de su pensamiento. Y se explica. No es posible iniciar ninguna empresa intelectual, de esas que exigen el gran amor y el largo estudio, sin conocer de antemano qué es lo que se busca y hacia dónde se va. Cuando se trata de pacientes faenas minuciosas, sin empuje y sin brillo, la hipótesis directriz o la concepción de conjunto puede faltar o desvanecerse sin peligro. Otros vendrán capaces de incorporar a un vasto plan, aquel detalle humilde y sin vida. Pero en las síntesis originales, lo ha afirmado Pasteur, un hecho aislado no contribuye, sino estorba, al progreso de la ciencia.

Un hombre de ciencia que no tenga a los veinte años ideas generales definidas y una orientación precisa, podrá llegar a ser el buen albañil, de la comparación de Taine, pero nunca el arquitecto de amplio vuelo. El desarrollo extraordinario de las técnicas del laboratorio ha recrudecido, de manera nociva, el culto absurdo del hecho por el hecho. La escuela del experimento, que transformó la ciencia, parece haber desterrado, por completo, esa otra escuela del razonamiento que fué, con la observación sagaz, toda la ciencia del pasado. Los reactivos ultrasensibles de la bioquímica, los procedimientos variadísimos de tinción o de cultivo, los dispositivos complicados de inscripciones, han multiplicado,

sin duda, los servidores de la ciencia pero, de ningún modo, los sabios. El buen filisteo que, en otros tiempos, encontraba inaccesibles las puertas de la ciencia, conquista hoy la gloriola exigua de las academias y de las cátedras, con la sola virtud de la constancia, como si las actividades del laboratorio concedieran a sus fieles, la ventaja infinita de manejar los "hechos" sin sentir la necesidad de comprenderlos...

Se ha hablado tanto de los excesos de la imaginación, de los peligros de las explicaciones verbalistas, que ha surgido, por reacción, un extraño fanatismo de la técnica. Ciertamente es que el enorme desarrollo de la ciencia moderna exige una minuciosa división de su trabajo. La especialización, fruto del método experimental, independiza, día a día, materias hasta ayer unificadas. Se ha formado así, el tipo funesto del especialista estrecho y exclusivo: ignorante y desdénoso de cuanto ocurre a sus vecinos no quiere conocer nada más que su sector. Tímido y miope, su tarea concluye cuando ha juntado algunos "hechos" y los ha descripto con minucia. Todo lo que sea generalización o hipótesis, lo aterroriza. Quizá vaya una partícula de verdad entre el montón de la ganga, pero en las sutilezas del análisis ha perdido de tal modo la visión del conjunto, que no sabría reconocerla y destacarla.

La ciencia, en cambio, es coordinación: no junta, sino relaciona. Su objeto no es el hecho, sino la ley. Todo

progreso efectivo ha surgido, siempre, de una aproximación inesperada y especializar hasta el extremo, es impedir, precisamente, tan fecunda aproximación. Los cinco volúmenes en que Lewenhoeck reunió sus descubrimientos —*Arcana Natura Detecta*— constituyen un catálogo maravilloso, pero no un conocimiento científico. Para llegar a serlo, les falta el razonamiento o la imaginación que los reuna.

Las técnicas del laboratorio son la cocina de la ciencia y el papel del sabio no ha estado jamás en el experimento mismo sino un poco antes o un poco después, al disponer las experiencias, al extraer las conclusiones. Todas las teorías —las verdaderas como las erróneas— no son más que *puntos de vista* sobre hechos o recientemente descubiertos o desde muy antiguo, conocidos. Puntos de vista, vale la pena repetir; o lo que es lo mismo, interpretación, comentario, sistema.

En los hombres de ciencia superiores, la técnica y la hipótesis suelen ser, a veces, dos momentos de un mismo proceso individual. Pero no lo han sido siempre ni es necesario que lo sean. Faraday, el experimentador, ha inspirado a Maxwell, el teórico, y entre las fórmulas matemáticas de Maxwell, Hertz ha encontrado las ondas eléctricas. ¿Quién se atrevería a decir que un Maxwell ha sido menos útil a la física que un Faraday?

*
* *

El culto exagerado del laboratorio por el laboratorio; —que ha alcanzado en nuestro medio exiguo los caracteres de una epidemia—, comenzó a desarrollarse, precisamente en los alrededores del 90, cuando se incorporó a la enseñanza de nuestra escuela médica esa generación de Ramos Mejía “que empezó a lavarse las manos, creyó en los microbios e hizo cortes histológicos”. . . En oposición al “ojo clínico” y a la “larga práctica”, se fue formando, poco a poco, un ambiente, de más en más, hostil a las concepciones generales y a las vistas de conjunto. El fenómeno no era, por lo demás, de características locales y en ese mismo año de 1890 Pierre Bonnier reivindicaba en su tesis de París, los derechos olvidados del razonamiento y de la lógica.

Ingenieros sintió, desde temprano, esa sorda agresión que lo circuía y en las páginas preliminares de la *Simulación* se nota aquí o allá, la burla intencionada o la alusión rebotante de ironía. “Las Escuelas de Medicina —escribe— harto preocupadas por los fines técnicos y prácticos del ejercicio del arte curativo, no suelen dar a sus discípulos una cultura científica y amplia; las Escuelas hacen médicos, profesionales distinguidos, pero no hombres de ciencia. Por eso cuando quiere estudiarse con altura de criterio los fenómenos pertenecientes a su campo de observación, es necesario pedir a las ciencias biológicas y sociales los conocimientos y métodos que permiten relacionar esos fenómenos con los similares ob-

servados en el resto del mundo biológico y descubrir los principios generales donde se encuadra el fenómeno estudiado". ¿Quién no conoce —agregaba más adelante— a esos profesionales especializados sin tener una amplia base de conocimientos generales, y que pretenden demostrar que "la salud o la vida de la humanidad dependen, en primer término, de la nariz o del útero, de los riñones o de la médula, de la hernia o de la apendicitis"?

Diez y siete años más tarde, al revisar el texto de la undécima edición, Ingenieros no pudo ocultar su complacencia por aquella juvenil profesión de fe científica. El tono firme y decidido del proemio se apodera del lector desde las palabras iniciales. Todo en él parece hablarnos del ímpetu de una juventud que conoce su abundancia: desde las vistas de conjunto un poco imperiosas y desde las palabras impertinentes que revelan la fuerza, hasta las generalizaciones atrevidas que traducen la ambición.

El minúsculo accidente de la simulación de la locura parece crecer y agigantarse en aquel vasto panorama de fenómenos complejos y el humilde problema de medicina legal remonta, por un lado, hasta las manifestaciones inconscientes del mundo biológico y florece, por el otro, en las complejas modalidades del ambiente social.

Dentro de la amplia concepción del darwinismo, la simulación se destaca como uno de los tantos medios fraudulentos de lucha por la vida. Pero es necesario

hacer constar que Ingenieros, subraya, repetidas veces, que la doctrina de la *lucha por la vida*, debía ser interpretada, únicamente, en la acepción figurada que Darwin le diera a voluntad. Cuando se habla de la simulación, como de un medio de lucha, no deben considerarse, por tanto, como fenómenos de simulación, solamente a aquellos que presentan un carácter consciente y voluntario. Uno de los grandes méritos de Giard consiste, precisamente, en haber distinguido los factores *primarios* y los factores *secundarios* de la evolución. La selección natural no sería más que uno de los tantos factores secundarios, pero gracias a esa "feliz manera de expresarse", el transformismo habría conquistado el mundo.

Fuera de algunos reparos de detalles —la interpretación de los fenómenos de homocromía y mimetismo como "medios de defensa", rectificada en los últimos años de manera que parece decisiva; el dibujo algo borroso de los simuladores que llama *disidentes*; tal o cual indecisión en el lenguaje, como el empleo de la palabra mimetismo, entendida alguna vez, como equivalente de simulación y restringida, otra, a la simple semejanza de las formas; fuera de algunas ligerezas en la apreciación de temas accesorios, que Ingenieros nunca quiso corregir en las ediciones posteriores, por un escrúpulo explicable— *La simulación en la lucha por la vida*, puede ser leída, todavía, con provecho. Y prescindiendo de su papel restringido de simple introducción a una obra de

más sólida estructura, aparece con méritos bastantes para asegurarle una vida independiente. Bastaría señalar que la psicología de los simuladores era un capítulo de psicología de los caracteres que ningún tratadista había ni siquiera esbozado y que sólo tres años más tarde, Paulhan habría de iniciar sus análisis felices de la mentira en el carácter.

*
* *

Los años subsiguientes al 1900 fueron, para Ingenieros, de variada actividad. Su participación en el Congreso científico de Montevideo (marzo de 1901), donde presentara la clasificación de los delincuentes y su esbozo acerca del determinismo económico en el desenvolvimiento de los pueblos americanos, aseguraron de manera definitiva su precoz reputación de joven sabio.

Las revistas del país y las más renombradas publicaciones extranjeras acogían sus monografías y sus críticas: desde la psiquiatría y el derecho penal, hasta la sociología y la medicina forense. El mismo año de 1902 en que publica su *Psicopatología en el Arte*, ensayo de crítica científica aplicada a la literatura, inaugura en el servicio del Hospital San Roque un curso libre completo sobre la semiología de las afecciones nerviosas, e inicia la publicación de sus famosos *Archivos*, cuyos doce años

de existencia señalaron la época más brillante de la psiquiatría nacional.

*
* *

Las doctrinas de la escuela positiva, destinadas a renovar el Derecho Penal, habían alcanzado, desde muy temprano, relativa difusión entre nosotros. Recordemos, por ejemplo, los trabajos primerizos de Luis María Drago y de Osvaldo Magnasco y los posteriores ensayos, más sesudos, de Rodolfo Rivarola y de Antonio Dellepiane. Cuando aparecieron los *Archivos de Psiquiatría y Criminología*, ya existía pues, en el país, una vigorosa corriente de estudios penales, pero a partir de aquella fecha, y en el primer artículo del número primero, Ingenieros señalaba una nueva orientación fundamental. En abierta divergencia con el criterio dominante de la escuela, Ingenieros insistía sobre el valor primordial de los disturbios psicológicos, transformando la primitiva antropología en una psicopatología criminal y precisando, con su rigor habitual, el alcance verdadero de la conducta delictuosa.

Los primeros trabajos de Lombroso habían encarado el estudio de los delincuentes desde el punto de vista exclusivo de sus anomalías exteriores. Nadie ignora cómo se llegó, por esa vía, a pretender constituir un

tipo delincuente con los mismos estigmas que se encuentran en todos los degenerados. En poco tiempo, sin embargo, y bajo la influencia fecunda de la crítica, los antropólogos italianos, con Ferri a la cabeza, ampliaron y corrigieron ese criterio primitivo del maestro, incorporando a los factores orgánicos, en la etiología del delito, los factores físicos y sociales.

El estudio específico de los delincuentes, afirmaba Ingenieros, no podía ser sino el de su funcionamiento psíquico. Su corteza cerebral tiene las deficiencias comunes a los degenerados, pero las tiene de un modo que les es privativo; en prueba, de ello, no todos los degenerados encarrilan su actividad mórbida en el sentido de la delincuencia. En el vasto grupo de las degeneraciones cada familia tiene deficiencias mentales que las distinguen: la psicología del paranoico no es la del obsesionado como la psicología del homicida no es la del avaro. De igual manera, los delincuentes presentan deficiencias psíquicas que les arrastran al delito o les impiden resistirle, deficiencias que pueden tener o no tener manifestaciones en los llamados estigmas morfológicos. Y puesto que el pretendido "temperamento criminal", no resulta nada más que un síndrome psicológico que se revela, unas veces, por ausencias o perversiones morales y, otras veces, por perturbaciones en la inhibición, no queda más tarea para la antropología criminal que el estudio minucioso de la psicopatología de los delincuentes.

Sin embargo, fuera error craso atribuir a todos los delincuentes anomalías psicológicas iguales en cantidad e intensidad. En primer término, pueden ellas gravar principalmente sobre algunas de las formas del funcionamiento psíquico sin comprometer, las demás, de manera notable; y en segundo término, la intensidad de las anomalías puede ser distinta, lo mismo que su duración. No hay una psicología del criminal, sino varios tipos psicopatológicos propios a las diversas anomalías mentales de los delincuentes.

Derivaba de ahí, naturalmente, una nueva clasificación, que asentara sobre bases más científicas, las divisiones empíricas realizadas hasta entonces. Y esa clasificación, confirmando los datos sobre psicología de los caracteres normales y patológicos, demuestran clínicamente: 1º) la existencia de varios tipos delincuentes en los cuales predominan las anomalías afectivas, intelectuales y volitivas (*tipos puros*), dentro de los cuales se observan variedades con anomalías congénitas, adquiridas o accidentales, cuya reforma y temibilidad es substancialmente distinta; 2º) la existencia de otros individuos en los cuales predominan simultáneamente diversos modos de desequilibrio funcional (*tipos combinados*) y 3º) la coexistencia, en ciertos individuos profundamente degenerados, de la impulsividad y el disturbio de las funciones intelectuales, con la ausencia del sentido moral (*tipo completo*).

Mejor que todas las otras, la clasificación psicopatológica permitía una más justa apreciación de la reformabilidad y temibilidad de los delincuentes, adaptándose de esa manera, a las modernas tendencias penitenciarias.

* * *

Así planteaba Ingenieros, las orientaciones definidas de la "escuela argentina". Los estudios posteriores de Del Greco, Kowalewsky, De Fleury, Patrizi, Longo y otras, confirieron a este nuevo criterio, la autoridad de sus firmas prestigiosas y en los últimos tiempos, los partidarios de la escuela positiva evolucionaron, en casi todos los puntos, en franca concordancia con aquellos reparos iniciales. En cuanto a la clasificación, basta ojear la conferencia de Patrizi al suceder a Lombroso en la cátedra de Antropología o la monografía de Vervaeck sobre *Les bases rationnelles d'une classification des delinquents* para ver cuán honda ha sido su influencia hasta en aquellos que olvidaron de citarla.

Como director del Servicio de Observación de Alienados, primero (1904), y como director del Instituto de Criminología, más tarde (1907), Ingenieros pudo, durante doce años, ampliar, retocar y consolidar ese primero y soberbio manifiesto de los *Archivos*. Y al trazar en *Criminología* las líneas definitivas de su pensamiento,

no se engañaba al opinar que aquellos escritos juveniles "parecían haber tenido alguna influencia en la evolución de las doctrinas europeas".

* * *

A mediados de 1904 obtiene por concurso la suplencia de la Cátedra de Psicología Experimental, en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, y al mismo tiempo, aprovechando la experiencia clínica del Hospital San Roque, publica su libro sobre *Los accidentes histéricos y las sugestiones terapéuticas*, que en ediciones posteriores habría de llevar el título, más breve, de *Histeria y Sugestión*.

Con tratarse de una obra estrictamente clínica, no se limita, sin embargo, a la habitual descripción de observaciones personales dentro de los tipos definidos. Precediendo a los estudios analíticos con una amplia síntesis crítica sobre la fisiopatología de la "gran neurosis", desmenuza sus accidentes convulsivos y sensitivos para poner en evidencia la importancia de la sugestión como causa de los mismos, la inestabilidad de las anestias hísticas, el valor del hipnotismo para la experimentación psicopatológica y las ventajas de la psicoterapia sobre los tratamientos anteriores.

En el capítulo sobre los pretendidos síntomas de la

hemiplejía histérica, subvierte las ideas aceptadas en semiología acerca del diagnóstico diferencial de las hemiplejías, atenuando el valor absoluto atribuído hasta entonces al "signo de Babinsky", tal como lo demostraron muchas otras observaciones concordantes y tal como el mismo Babinsky lo reconoció en una de las lecciones clínicas del Hospital de la Pitié. Al estudiar la risa histérica, clasifica, por vez primera, las diversas formas clínicas de este accidente respiratorio y después de confirmar la existencia de síntomas discutidos —fiebre e hipo histéricos—, entra en capítulos posteriores a complementar muchos puntos oscuros o descuidados sobre la astasia-abasia, la disnea y el mutismo.

No se trataba, pues, de un manual de vulgarización ni de un tratado sistemático; historias clínicas interpretadas de acuerdo con los criterios metodológicos tenidos, entonces, por menos inexactos, el libro quería tan sólo reflejar, según las palabras finales del proemio, "una etapa de la incesante evolución a que están sometidos nuestros conocimientos, acercándose sin cesar a una mayor concordancia entre la razón, que construye las hipótesis, y la experiencia que las somete al contralor de la realidad".

Tal como Charcot la había creado, la historia aparecía como una enfermedad psíquica, con estigmas físicos y psíquicos y dando nacimiento a múltiples acci-

dentos, entre los cuales grandes crisis convulsivas que se desarrollaban de acuerdo con un orden riguroso.

Fuera de esas manifestaciones de la gran neurosis, sus discípulos directos emprendieron el examen del fondo mental en los histéricos, y mientras Janet se detenía en lo inconsciente y en el automatismo, Freud y Breuer insistían en los traumatismos de la vida emotivo-sexual, y Sollier buscaba sus orígenes posibles en inhibiciones transitorias de los centros cerebrales. No deja de ser curioso constatar que mientras todos esos análisis confirmaban minuciosamente la *concepción psicológica* de Charcot —en cuanto éste había hecho de la historia una enfermedad psíquica— rectificaban casi por completo su *concepción clínica*, aproximándose, de más en más, como ocurrió con Babinsky, a las objeciones y reservas de la escuela de Nancy.

Ingenieros publicó su libro precisamente en esas horas en que la historia clásica pasaba, de acuerdo con sus propias palabras, "por un período de crítica que acabará por modificar su cuadro clínico". Pero con agudo sentido crítico hacía constar, al mismo tiempo, que los hechos aducidos por las diversas teorías, aunque a menudo diferentes, no son siempre contradictorios, nunca excluyentes, rara vez antitéticos. Nada se oponía, por lo tanto, a la concordancia de esas diversas teorías sobre ciertos puntos, desde que en muchos aspectos parecían completarse; en este sentido vale la pena releer atenta-

mente el párrafo cuarto del capítulo primero. La impresión general no es dudosa: después de buscar lo que hay de común en tantas ideas aparentemente divergentes, Ingenieros se inclina a la concepción de Paul Sollier.

*
* *

Es bien sabido lo que ocurrió después con respecto a la naturaleza y a la patogenia de la histeria. En publicaciones sucesivas Babinsky dió a la sugestibilidad mórbida todo el lugar que debía tener en el origen de los accidentes histéricos, y creó la palabra *pitiatismo* para resumir su concepción de la neurosis: persuadir y curar. Dupré y Logre, más tarde, hicieron de la histeria una variedad de la *mitomanía* o perversión imaginativa, que se traduce por una tendencia irresistible a la mentira; los histéricos serían enfermos que, sin saberlo, se complacen en mentir... Los más, en fin, tomando aquel desquicio de teorías como la mejor prueba de su inutilidad, volvían al burlón escepticismo de Lasegue y gustaban repetir, con el maestro, las palabras socarronas, "la histeria es una enfermedad que no ha existido jamás y que nadie jamás definirá".

En el momento actual la situación no ha variado: psicoanalistas de un lado, mitomanistas del otro, parecen disputarse la clientela. No es éste el lugar ni la oportu-

nidad para su examen, pero fuerza es declarar que ninguna teoría actual tiene, ni de lejos, la más mínima ventaja sobre cualquiera de las teorías anteriores, y fácil sería demostrar cómo el "carácter hiperemotivo" de Freud corresponde a la "diatesis histerogena" de Bernheim, y cómo la *mitomanía* de Dupré no es más que la *sugestibilidad* de Babinsky traducida al lenguaje de la psiquiatría...

Veintiún años después de la publicación de *Histeria y Sugestión*, y pocos días antes de morir, Ingenieros pensaba retomar el mismo tema, con motivo del centenario de Charcot, para agregarlo como un apéndice en las ediciones posteriores de la obra. Había dejado en París muchas páginas escritas, con el encargo expreso de remitírselas a Buenos Aires. Y una de tantas veces en que conversáramos sobre el mismo tema, le oí decir estas palabras que repito textualmente: "El cuadro clínico de la histeria ha sido depurado, y felizmente. Pero el que haya visto un solo caso como el de hipo histérico que yo transcribo en mi libro, puede tener un criterio segurísimo. Los gráficos del hipo fueron tomados en el laboratorio de de Grandis, y basta compararlos para ver cómo en uno de los trazados el hipo desaparece durante el sueño hipnótico, y cómo en el otro reaparece en la vigilia. El que conozca el mecanismo fisiopatológico del hipo no puede creer nunca que un individuo lo simule por más *mitoplástico* que sea..."

Los papeles de París no han llegado aún, y es de creer que tampoco llegarán. Aquel apéndice interesantísimo —un tema como la histeria retomado por Ingenieros después de tantos años— no lo podremos leer jamás, pero creemos interpretar la esencia de su libro transcribiendo estos párrafos finales de una carta que le escribiera a Paul Sollier en febrero de 1904, acusando recibo de su obra: "Creo que las divergencias que existen respecto de la histeria, de las enfermedades mentales y de las psiconeurosis en general, provienen únicamente de la falta de exactitud en la concepción general de lo que antes se llamaba las relaciones del cuerpo y del alma. Es curioso ver que muchos médicos, que por definición deben ser fisiologistas —me refiero a los ilustrados— se dejan seducir por el dualismo filosófico y por el espiritualismo, sin sospechar la contradicción flagrante entre sus conocimientos científicos y las preocupaciones metafísicas de muchos siglos de humanidad que pesan sobre ellos".

*
* *

La biblioteca, el consultorio y la clínica no le habían alejado, sin embargo, del núcleo retozón de la bohemia. Ausente Darío, "La Syringa" había recibido, allá por el año de 1903, dos incorporaciones de importancia,

un poeta y un autor dramático: Fernández Espiro y Florencio Sánchez.

Veinte años mayor que todos los del grupo era, el primero, una mezcla extraña de D'Artagnan y de Musset. Después de rodar en los medios políticos más heterogéneos, había caído en mala fortuna e insensiblemente se fué aproximando a la bohemia.

Florencio Sánchez había llegado al país en 1899, después de correr en tierras uruguayas la vida azarosa del montonero. En veladas anarquistas había formado algún cuadro dramático, donde adaptaba piezas que él mismo representaba. Entre nosotros, después de colaborar en algún diario y de dirigir efímeras hojas anarquistas, había estrenado, en Rosario, *Canillita*, y venía madurando la primera grande obra del teatro nacional. En los comienzos del mes de agosto, en un saloncito de la redacción de *El País*, donde "La Syringa" había asentado por entonces, Florencio Sánchez, leyó a la *pentarquía* las escenas magistrales de *M'hijo el doctor*. Los syringos, que tantas falsas reputaciones habían despedazado, comprendieron, en aquel instante, que ese muchacho de grandes ojos inexpresivos, acababa de trazar la primer página gloriosa de nuestro teatro incipiente. Al día siguiente del estreno, que fué un éxito rotundo, Ingenieros escribía en *El País* el elogio de la pieza y saludaba en Sánchez a una gloria naciente. "La Syringa", misteriosa hasta entonces, tendió en su honor los manteles del ban-

quete público, en una de esas hosterías de la calle Carabelas, que es como decir en el corazón mismo del Buenos Aires pintoresco.

Sus libros recientes; la publicación de los *Archivos*—en los cuales colaboraban desde Ramos Mejía hasta Florencio Sánchez—; su difusión en los círculos literarios y científicos; sus vinculaciones tan diversas y tan contradictorias, habían dado a Ingenieros, en el ambiente reducido de la ciudad porteña, una popularidad estrepitosa. Al nietzchismo superhombriista se habían agregado, por complemento natural, las impertinencias del *dandismo*. Su vestidura detonante de refinado y de esta, sus *boutades* inverosímiles, sus paradojas inagotables, habían hecho de él, en la opinión liviana de los cenáculos, un curioso diletante de la ciencia y del arte: una mezcla extraña de Charcot y D'Annunzio con Lombroso y Nietzsche. Los paseantes habituales de la calle de la Florida veían circular, entre asombrados y complacidos, su silueta inconfundible: la galera de felpa, la levita irreprochable, el cuello gigante, el chaleco colorado... Una constante preocupación de originalidad parecía dictarle sus actitudes y sus gestos, como si la antipatía del medio burgués le hubiera sugerido la peligrosa tentación de sorprender, de contrariar, de disgustar.

Desorientados por tan extraña personalidad poliédrica, los críticos criollos recibieron sus libros como a otras tantas obras literarias, y uno de ellos, Emilio Be-

cher, en un famoso artículo agridulce, reflejó el sentir de aquella época con una incompreensión que no sorprende. Después de escribir, sin embarazo, que la psiquiatría nada tiene que ver con la ciencia, sino con la literatura, pues "se limita a glosar, en la divagación interminable de los comentarios, el descubrimiento de las correspondencias psicofísicas, ya conocido por las sabidurías antiguas y divulgado por los refranes populares", afirmaba que Ingenieros, brillante como una llama, y no menos movedido, era "el espíritu más deliberadamente anticientífico de su generación..."

Por primera y única vez Ingenieros se creyó obligado a responder, y en una página admirable, después de analizar, punto por punto, los dudosos elogios de su crítico, se complacía en reconocerse, sencillamente, como a un hombre de estudio y de trabajo. "Todo lo que usted considera esencial en mí —contestaba— es simple expresión de la necesidad de recrear mi espíritu en frívolas gimnasias, reparando la agotadora fatiga que me imponen mis inclinaciones de observador y de erudito".

Así también debió creerlo la Academia de Medicina de Buenos Aires cuando "animada del deseo de estimular y de premiar los trabajos que se publiquen en el país enriqueciendo la Biblioteca Médica Nacional", resolvió conceder a *La Simulación de la Locura* la medalla de oro destinada a la mejor obra científica argentina.

Ante ese éxito, más significativo como consagración que como recompensa, todo lo que había de ilustre en Buenos Aires reunióse una noche en torno del premiado para demostrar, de manera evidente, con cuanto cariño se le seguía y admiraba. Hombres de ciencia y hombres de letras, jóvenes y viejos, aunados en un mismo espíritu de aplauso, quisieron congregar en honor del psiquiatra y del criminalista la autoridad de los títulos reconocidos y el prestigio de las reputaciones nacientes.

En un discurso rebotante de fuerza y de confianza, Ingenieros hizo el elogio de la acción renovada y de la vida creadora "Los éxitos —decía— no señalan el final de la acción, no realizan ideales: en la vida intensa y ascendente no hay estaciones de llegada. Sólo llega el que fracasa, porque llegar es detenerse". Y después de proclamar cómo el talento se esteriliza en la frivolidad cuando no lo fecunda una constante disciplina de trabajo, concluyó augurando que algún argentino de su generación sobrepasara el éxito obtenido y pudiera anunciar triunfante "que ha conquistado para nuestra intelectualidad, una recompensa honorífica de la Academia de Medicina de París".

Poco tiempo después, en abril de 1905, partía para Europa, como delegado oficial al quinto Congreso de Psicología de Roma. "La Syringa", en pleno, concurrió

a despedirlo como se despide a un compañero triunfador. Pero en el instante de los últimos adioses, uno de los "pentarcas", el más bohemio e infortunado de todos, Antonio Monteavaro, rompió en sollozos convulsivos. Ingenieros, entonces, en uno de esos gestos generosos que le eran habituales, no le dejó partir y lo llevó consigo.

El joven sabio llevaba a Europa, con aquel bohemio, el alma misma de su juventud.

*
* *

El año de 1905, tan ambiguo desde el punto de vista político y social, "sin certidumbre de paz, ni fatalidad de guerra" —como decía Jaurés—, señala, en cambio, en la historia de las ciencias, el triunfo definitivo de la psicología biológica. El Congreso de Roma demostró, en efecto, y de manera perentoria, hasta dónde la nueva ciencia había conseguido independizarse de la dialéctica abstracta, en sus métodos, en su criterio, en su orientación.

Pocas veces, un Congreso de especialistas provocó una expectativa tan intensa; pocas veces, también, se habían reunido tantos hombres consagrados, desde William James a Lombroso, desde Flechsig hasta Luciani, desde Morselli hasta Janet. Una sección entre todas, la sección cuarta destinada a la criminología, resultó

naturalmente, la más interesante del Congreso. El hecho de realizarse en Italia, cuna de la escuela positiva; la circunstancia de concurrir a ella su más ilustre precursor; la curiosidad del público, avivada siempre por todo lo relativo al crimen y a la pena, le formaron, en poco tiempo, un ambiente resonante.

Ingenieros llevó al Congreso su concepto de la psicopatología criminal y su clasificación científica de los delincuentes. Defendió el uno y la otra, de un lado contra los sectarismos de los discípulos apasionados de Lombroso, y de otro contra la dialéctica temible de Enrique Ferri, que defendía, al atacarlo, su propia clasificación. Cuál fué el resultado, lo dice con harta elocuencia el honor que se le confirió al designarlo con Lombroso, Ferri y Sommer para compartir la presidencia.

No será posible historiar aquel Congreso, tan representativo de una época, sin recordar la crónica pintoresca de Ingenieros. *Un cónclave de psicólogo*, escrito para un gran diario porteño e incluido después en *Crónicas de Viaje*, quedará como el mejor comentario, por la serenidad en el juicio, por la franqueza en el fallo. Recórrase una por una las páginas que le dedica y fácil será reconstruir la hora memorable en que, para emplear sus mismas palabras, "la ciencia organizará un modesto oasis en el inmenso Sahara del palabristo".

La diversidad de sus aptitudes y de sus gustos le introdujo muy pronto en los medios más diversos y con la misma naturalidad diserta un día en el Policlínico de Roma que comenta otro la temporada de Mascagni en el Costanzi o asiste en crítico de arte a la exposición de pintura veneciana. De sus andanzas bajo el cielo de Italia, ha dejado muchas confidencias en el libro: es, unas veces, la emoción contagiosa de la exégesis dantesca en el ambiente tibio de la Florencia incomparable, o la nostalgia de Verona, que parece replegada en el ensueño de su leyenda amorosa; es, otras veces, la solemnidad imponente del Foro Romano que aun parece desafiar con el orgullo de sus escombros augustos o el antiguo y sordo clamor de potencia que parece encerrar, bajo la cúpula de los emperadores, la vibración de la ciudad universal.

París le tentó muy pronto, con la irradiación poderosa de su vida intelectual. Viejos amigos le esperaban y Rubén Darío el primero. Gómez Carrillo lo introduce, muy pronto, al boulevard, con los buenos oficios de compañeros cordiales, el peruano García Calderón, el chileno Diego Doublé Urrutia. Y en un departamento que Oscar Wilde honró, y que Gómez Carrillo había heredado, Ingenieros instala la segunda "Syringa".

Ocho, boulevard Montmartre, tercer piso, izquierda: una vivienda *murgeriana*, de estudiante o de bohemio, y a la cual se llegaba por una escalerilla desgastada, mi-

tad madera, mitad piedra. El moblaje simplísimo podía fácilmente enumerarse: un sofá, unas pocas sillas, una mesa de trabajo, dos estanterías, una montaña de libros y un piano... En aquel rincón de París, Ingenieros trabajaba ardentemente. Un buen día era la *Presse Médicale* que publicaba un trabajo suyo como primer artículo; otro, una conferencia en la Sorbona ante oyentes que se llamaban Pierre Janet, Ribot, Seglas, Sollier, Magnan... Entre un montón de correspondencias para "La Nación" de Buenos Aires —que serían después las *Crónicas de Viaje*— y una cantidad no inferior de colaboraciones en las revistas médicas del mundo —desde la *Nouvelle Iconographie de la Salpêtrière* hasta los *Archives de l'Anthropologie criminelle*, de Lyon, y desde el *Neurological Journal*, de Londres, hasta la *Prese Medicala Romana*, de Bucarest—. Ingenieros encontraba todavía el tiempo suficiente para viajar por Alemania y por España, para publicar *La legislation du travail dans la Republique Argentine*, la *Nuova Clasificazione dei delinquenti* y para conquistar de la Academia de Medicina de París, por *Le langage musical et ses troubles hystériques*, la más honrosa distinción a que podía aspirar un extranjero.

*
* *

Sería inútil repetir ahora, a propósito del *Langage musical*, lo que ya hemos escrito con motivo de *Histeria y Sugestión*. Desde el punto de vista médico, fuerza es subrayar que los comentarios a que el libro obliga traerían, no sólo la crítica de la concepción moderna de la histeria, sino también la crítica de la concepción moderna de la afasia. Ingenieros estudia dentro de las perturbaciones histéricas del lenguaje aquellas variedades de disturbios del lenguaje musical conocidas hasta entonces vagamente. Su concepción de la fisiopatología del lenguaje —dentro de la cual el lenguaje musical no es más que un detalle— encuadra dentro de las líneas generales de la sistematización de Charcot, tan admirablemente vulgarizada por Grasset. Pero en ese mismo año de 1906 en que Ingenieros presentaba su libro, Pierre Marie intentó romper las normas del esquema clásico. Lo que su escuela dijo entonces —en complicidad con el bergsonismo a la moda y la reacción mística triunfante— llegó, por momentos, al absurdo. Aceptada, sin embargo, durante algunos años, agoniza ahora ante nosotros. Basta leer los trabajos de Henschen, los finos análisis de Head, las recientes interpretaciones de Pieron sobre los centros coordinadores, para darse cuenta de que si el esquema de Charcot, aproximado y grosero, ha alcanzado en nuestros días mayor perfeccionamiento y sutileza, no ha sufrido, para nada, en la reciedumbre de sus cimientos anatómicos.

Pero aquí, como en tantos otros libros de Ingenieros,

el tema inicial, en apariencia reducido y estrecho, se integra en una visión amplia de psicología clínica en conformidad con los modernos postulados de las ciencias naturales. Después de reconocer, con Spencer, en las inflexiones de la palabra emocionada las formas primitivas del lenguaje musical, analiza minuciosamente el poder emotivo de la música, las formas y la evolución de la inteligencia musical como introducción obligada a la psicofisiología y a la patología del lenguaje musical. Desde entonces, y van ya diecinueve años, no se ha escrito sobre el lenguaje musical nada más claro, preciso y metódico. El libro posterior de Dupré y Nathan — tan comúnmente citado— con estar, en muchos puntos, casi calcado sobre el de Ingenieros, le es inferior en todo concepto, por la mezquindad del análisis y la indigencia de su síntesis. Razón de sobra tenía, pues, Lionel Dauriac —la más alta autoridad en psicología musical— cuando después de afirmar, desde las páginas austeras de la *Revue Philosophique*, que el libro de Ingenieros era “la primer obra seria de patología musical publicada en lengua francesa”, terminaba rindiendo su homenaje al talento del psiquiatra que había sabido dar un gran impulso “a la science nouvelle dont il a dirigé les debuts”.

*
* *

De regreso a la patria, el 1º de noviembre de 1906, Ingenieros traía para la ciencia argentina “la mención honorífica” de que hablara en su discurso de partida. Y en las palabras con que agradeciera el nuevo homenaje de la admiración y de la amistad, cantó al trabajo y al esfuerzo en un largo párrafo sonoro que —al decir de Roldán— “lo mismo podía parecer un himno que un credo”. Y como si la cruel lección de la nostalgia le hubiera mostrado la hondura del afecto que lo ligaba al terruño, concluía su discurso de este modo: “Amar el hogar común es dignificarse a sí mismo. Hacer que se robustezca el tronco del árbol que a todos juntos nos da sombra, es una forma de sentir el más elevado egoísmo colectivo. Procuremos para ello ser células vigorosas del organismo en formación: pensemos que la intensidad de cada individuo, obtenida por el esfuerzo y la energía, es un elemento de la grandeza total. Seamos piedras distintas que concurren a combinar el mosaico de la nacionalidad; seamos todos diversos en tamaño, en color, en brillo, pero todos armónicos dentro de la finalidad grandiosa del conjunto. Seamos profundos en la vida, libres en la idea, enérgicos en la acción. Procure cada uno enaltecer el nombre de todos con su esfuerzo, agitando su personal divisa bien en alto, ante propios y extraños. Propongámonos vivir una vida propia, enorgullecadora. Aspiremos a crear una ciencia nacional, un arte nacional, un sentimiento nacional, adaptando los caracteres

ANIBAL PONCE

de las múltiples razas originarias al marco de nuestro medio físico y social. Así como todo hombre aspira a ser alguien en su familia, toda familia en su clase, toda clase en su pueblo, aspiremos también a que nuestro pueblo sea alguien en la humanidad”.

III

DE LA PSICOLOGIA A LA SOCIOLOGIA
Y LA MORAL

LAS exigencias del consultorio, la dirección de los *Archivos*, las menudas sollicitaciones de la vida social, con distraerle muchas horas, no consiguieron, sin embargo, quebrar su rigurosa disciplina de trabajo. Las tertulias del Jockey Club, los salones de Julián Martínez, le vieron pasar paradójico y brillante, con la misma silueta inconfundible con que asistiera, en otrora, a las reuniones del partido o proclamara en el seno de la capilla literaria, el "adorable sacerdocio de la risa". Pero terminaba la charla, se dispersaban los amigos, e Ingenieros reanudaba, en el doble silencio de la biblioteca y de la madrugada, el estudio interrumpido, la página en suspenso, la consulta postergada.

Al poco tiempo el gobierno de la Nación fundó y puso en sus manos, el 6 de junio de 1907, el *Instituto de Criminología* de la Penitenciaría Nacional de Buenos Aires. Las ideas científicas defendidas desde los *Archivos*

iban a encontrar así, en el terreno de la realidad, la aplicación práctica y social que es su prueba de toque. Eusebio Gómez, Helvio Fernández, Lucio López, Horacio Areco se adscribieron muy pronto y el plan y el programa del Instituto servirían, en breve, para organizaciones similares en Europa.

Por otro lado, la importancia creciente atribuída a los estudios de psicología obligó a crear en la Facultad de Letras un segundo curso destinado, en especial, al análisis de los procesos mentales superiores. A cargo primero del doctor Krueger, Ingenieros fué llamado a reemplazarlo en 1908. La originalidad de su enseñanza fué la introducción del método genético, deteniéndose, con frecuencia, en el estudio descriptivo de los caracteres y sentimientos humanos. Puso al servicio de la cátedra su incomparable claridad, su precisión nunca en olvido, su crítica rotunda e incisiva. Sin que la calidad del auditorio mundano consiguiera distraerlo, las lecciones de Ingenieros tuvieron una resonancia no igualada. Siete años atrás, en cursos elocuentes, Horacio Piñero había inaugurado la enseñanza experimental de la psicología, manteniéndola en el terreno provisorio del paralelismo psicofísico. Con Ingenieros, la psicología adquiriría una mayor amplitud de horizontes, afirmando, por un lado, sus fundamentos biológicos, expandiendo, por el otro, sus conexiones sociales.

El curso sobre psicología de los caracteres sería el

núcleo central de su futuro *Hombre Mediocre*; las lecciones sobre los sentimientos se coordinarían, más tarde, en el *Tratado del Amor*, aún inédito; los principios directores de la enseñanza, alcanzarían en la *Psicología Biológica* su fórmula definitiva.

*
* *

Como un complemento de la cátedra, a fines de 1908 y con el concurso de casi todos los profesores de esa ciencia o sus afines, Ingenieros funda la "Sociedad de Psicología" cuya primer presidencia desempeñó Horacio Piñero. La sociedad constaba de cuatro secciones: psicología normal, patológica, pedagógica y social; se componía de cuarenta miembros titulares y publicó tres volúmenes de sus Anales, que siempre consultarán los que se ocupen de psicología en la Argentina.

Presidente de la "Sociedad Médica" en 1909, delegado al Congreso Científico Internacional celebrado en Buenos Aires, en 1910, Ingenieros presidió en ese año y en el siguiente los tres grandes actos públicos de la "Sociedad de Psicología": la recepción de Enrique Ferri, como socio correspondiente; el centenario de Sarmiento y el homenaje cívico a la memoria de Ameghino. El primero, sobre todo, consiguió despertar, en la ciudad

prosaica, una curiosidad indescriptible. Enrique Ferri que tenía deslumbrado al público porteño con el brillo extraordinario de su elocuencia, anunciaba, como discurso de recepción, un análisis de la mirada; Francisco de Veyga, que en 1906 dictara el curso de psicología por ausencia del titular y del suplente, prometía para el acto la psicología del *lunfardo*; Ingenieros, por fin, disertaría sobre Juan Moreira...

Es necesario recordar lo que significaba, en aquel momento, la memoria del gaucho legendario. Las festividades del Centenario de la Revolución habían despertado, en todas partes, una exaltación enfermiza de las cosas del terruño. Juan Moreira adquiría, por momentos, los contornos de un héroe nacional y se atribuían a su persona y a su vida las virtudes supremas de la caballería. Ingenieros quiso dar, entonces, la más ruidosa de sus lecciones y después de señalar las características del Juan Moreira creado por Gutiérrez y popularizado por el teatro, recordó los caracteres atribuidos por García a la mentalidad argentina en formación: el culto del coraje, la rebeldía a las autoridades, la confianza en la grandeza del país. El Moreira de Gutiérrez respondía estrictamente a esos tres rasgos de la mentalidad popular y ello explicaba, más que suficiente, la aceptación simbólica de su tipo como fiel exponente del alma colectiva.

Con documentos en la mano, Ingenieros se propuso

demostrar que era muy distinta la psicología del famoso criminal. La filiación física le despojaba de la varonil belleza que se le atribuía. Los informes sobre su vida le arrancaban de igual modo los pretendidos gestos de bandido nobilísimo. Era, de oficio, vago y mal entretenido. Sus numerosos asesinatos fueron alevosos y cobardes, muchos de ellos sin más fin que el robo. Lejos de ser un rebelde, era mantenido por el comisario, el juez de paz, el alcalde y el comandante de guardias nacionales de Navarro, quienes lo tenían a su servicio con fines electorales. Nunca se le conocieron amigos, sino cómplices. En su biografía no se registra una sola página amorosa, ni siquiera la de Vicenta. Poco amigo de diversiones lícitas, fué fullero en el juego y jamás cantó en las pulperías. Desposeído hasta de sentimientos religiosos —que en las mentalidades inferiores acusan un indicio de elevación moral—, fué, en suma, un anormal congénito con las características impresas al tipo por el ambiente gaucho.

Tal sujeto —concluía Ingenieros— mal podía ser un exponente de las cualidades psicológicas del criollo. Y más aún: el culto de semejante personaje podía traer consecuencias funestísimas. Fuerza era, por eso, educar en el pueblo el amor del coraje bajo formas menos bárbaras: "hay más valor en el maestro que enseña, en el trabajador que produce, en el sabio que estudia y en la mujer que sabe ser madre, que en la fiera humana sola-

mente adiestrada para saciarse en sangre de sus semejantes”.

*
* *

Vacante, por entonces, la cátedra de Medicina Legal y abierto el concurso respectivo, tres inscriptos aspiraron a ocuparla: un profesor extraordinario, un profesor suplente e Ingenieros.

En la sesión del 30 de mayo de 1911, y antes de proceder a la votación para formar la terna, el decano de la Facultad de Medicina, Eliseo Cantón, manifestó al Honorable Consejo que la presencia del doctor Ingenieros planteaba una cuestión previa que era necesario resolver, por cuanto no pertenecía al personal docente de la escuela, aunque se acogía a lo dispuesto por el artículo 33 de la ordenanza, expresamente incluido para no cerrar las puertas de la Facultad a los profesionales eminentes.

El consejero Lacavera manifestó que tratándose de incorporar a un profesor de las condiciones de Ingenieros, votaría en sentido afirmativo porque “creía en esa forma cumplir debidamente con los deberes de su cargo, en el sentido de beneficiar la escuela; que los antecedentes intelectuales del doctor Ingenieros eran brillantes, lo mismo que sus aptitudes docentes; que lo repu-

taba como el profesional de mayor producción en la literatura médica nacional y el que más había difundido el nombre argentino en el extranjero, consagrándose como una autoridad, en medicina legal, sociología y psiquiatría y porque, además, no era un extraño en la Universidad pues figuraba con caracteres propios entre el cuerpo docente de la Facultad de Filosofía”. Puesto a votación si Ingenieros puede figurar o no en la terna, el consejo votó la afirmativa por unanimidad. Acto continuo se discute el orden de la terna e Ingenieros ocupa el primer puesto.

Sometida a la aprobación del Poder Ejecutivo, el presidente de la república hizo a un lado el nombre de Ingenieros y designó profesor titular de medicina legal al segundo miembro de la terna.

Ingenieros interpretó la actitud del Poder Ejecutivo como una ofensa a su dignidad de trabajador y de estudioso. Cerró su consultorio, repartió su biblioteca y abandonó el país.

*
* *

Cuando Ingenieros llegó a Suiza, Ginebra celebraba el segundo centenario de Rousseau. El hecho, en apariencia desvinculado tiene, sin embargo, una significación profunda: como que en esa época y en ese año comienza para Ingenieros la resurrección romántica que

habría de caldear, muy pronto, las páginas vibrantes de *El Hombre Mediocre*.

Serenado su espíritu en la quietud de la montaña; estudiante en Lausanne después de haber sido profesor en Buenos Aires; atenuadas por la distancia, la amargura o la agriedad; un ímpetu magnífico contra todo lo bajo y lo plebeyo, una exaltación juvenil contra el alma gregaria y la rutina, contra la mentira social y el servilismo, pareció indicarle, desde entonces, el rumbo verdadero de su vida. Para quien sepa leer entre las líneas, el capítulo primero de *El Hombre Mediocre* tiene el valor de su examen de conciencia.

Contemplando su vida en larga perspectiva, Ingenieros nos habla de cómo el idealismo romántico cede su paso al idealismo estoico y de cómo la experiencia regula la imaginación tornándola ponderada y reflexiva. Lo que antes se proyectaba hacia afuera polarízase en el propio esfuerzo, custodiando sus ideales y realizándolos en algún modo. La dignidad estoica aparece entonces en la cima de las virtudes humanas y para llegar hasta ella fuerza es emprender la conquista de la personalidad interior, por el trabajo y por el estudio, fuentes de libertad y de optimismo.

La dignidad era, en Ingenieros, el verdadero y viejo "honor" en su sentido legítimo, que se identifica con la conciencia de un intenso poder interior impacientándose por desbordar; una aspiración fiera y libre a la

expansión de la vida. No, por cierto, el estoicismo a lo Vigny: resignado y altivo, pero triste. Era, por el contrario, una viva necesidad de independencia, de sinceridad consigo y con los otros; un entusiasmo por todo eso que Stendhal llamaba *espagnolisme* y que en Ingenieros se traducía por los sueños enormes, por el amor del bello gesto.

El primero, y el más duro por cierto, fué el de reconstruir una por una las piezas de su propia cultura. Con un calor de colegial enamorado del estudio, vivió en las aulas de Lausanne como poco después lo haría en las de Heidelberg y mientras sistematizaba en ciencias naturales las lecturas más flotantes de otros tiempos, repasaba y anotaba la historia de la filosofía, la única biblioteca de que nunca quiso desprenderse. Sabía a conciencia que aquellos años eran momentos decisivos de su vida y en una carta fechada en Montreux el 12 de marzo de 1912 le decía a Monteavaro: "Estoy en el camino de Damasco. Atravieso por una crisis de idealismo romántico cuyo desenlace para mi personalidad intelectual no sé prever. Lo único que me pesa es la edad, irreparable; el alma se me ha regenerado totalmente. Ahora ¿lo creerás?, me gustaría ser un apóstol o un santo de algún ideal..."

*
* *

Vivía, mientras tanto, con el pensamiento puesto en la patria remota y sólo los que conocían cómo su cariño del terruño llegaba casi a lo enfermizo podían avaluar lo que significaba para él ese alejamiento obstinado y orgulloso. La universidad argentina extrañaba su ausencia y como el decano de la Facultad de Filosofía le invitase a retomar la cátedra, Ingenieros envió la renuncia indeclinable, que transcribimos por entero, porque es una de las pocas grandes lecciones de moral universitaria.

Heidelberg, agosto 28 de 1913.

Señor Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, doctor don
RÓDOLFO RIVAROLA.

De mi consideración y respeto:

Acuso recibo de su amable comunicación, en la que me pide en nombre del Consejo Directivo, me sirva expresar mis propósitos en cuanto al desempeño de mi cátedra de Psicología en esa Facultad.

A raíz de un acto que considero de inmoralidad gubernativa, e irrespetuoso para mi dignidad de universitario, me ausenté del país en 1911, con el propósito de no regresar a él mientras persista en su empleo la persona que desempeña el Poder Ejecutivo de la Nación.

Entiendo que la Facultad de Filosofía no debe perturbar su régimen docente concediendo licencias por largos plazos. En abril del corriente año envié al Poder Ejecutivo la renuncia de mi cátedra, por ser él y no la Universidad quien nombra a los profesores. Supongo que por deficiencias de procedimiento ella no ha sido comunicada a la Universidad; en tal caso, ruego a usted se sirva darla por recibida.

Deseo que en el archivo de la Facultad quede constancia de los motivos de mi retiro de la enseñanza. Creo, con ello, ofrecer un

ejemplo de dignidad a la Universidad y a mi generación, sin pretender que, por ahora, sea comprendido.

Conviene establecer que el vejamen inferido a un hombre estudioso ofende a toda la cultura intelectual de su tiempo. Debe ser así; es indispensable que así sea. Cuando en un país no existe quien comparta los esfuerzos, goce en los triunfos y sufra por las injusticias de que uno solo puede ser objeto, el estudioso se aparta; la ausencia es la única protesta posible donde se usa vivir acechando una prebenda o un destino y cuando no se puede olvidar que es el Poder Ejecutivo el único que las dispensa. Donde el favor, la privanza y la venalidad se sobrepone al mérito, el trabajo y la altivez, pueden florecer generaciones de domésticos pero no se multiplican los hombres dignos. La injusticia de los que dan es una simple consecuencia del envilecimiento de los que solicitan.

Esa crisis moral de la intelectualidad argentina sólo puede combatirse con ejemplos de dignidad y de renunciamiento, no rebajándose al juego de las recomendaciones y estigmatizando abiertamente sus consecuencias inmorales. Expuestos a parecer inoportunos en el ambiente que los recibe, ellos pueden, con el tiempo, adquirir distinta significación y ser medidos en otra escala de valores; en mi caso particular ello dependerá de los veinte años de trabajo intelectual que tengo al frente, escudados por mi salud y mi laboriosidad ya probadas. Si logro realizar el programa que me he trazado —y advierta el señor Decano que escribo desde Heidelberg y no desde Montmartre— mi actual resolución adquirirá un valor moral más tangible.

Frente a esa situación de hecho, impuesta a mi dignidad por los sentimientos enunciados, sólo puedo expresar a usted mis propósitos ulteriores respecto de la Facultad. Como yo no sirvo sino para estudiar, estoy ampliando mi cultura científica y filosófica en las Universidades que frecuento; a mi regreso, tendré mucho honor en reincorporarme a esa Facultad en que aprendí a enseñar, presentán-

dome a concurso para merecer una suplencia de la misma cátedra que he desempeñado como titular. Por ahora sólo puedo reiterar mi renuncia, pues pedir una prolongación de mi licencia implicaría pretender que la Facultad encarase el asunto como una cuestión moral y no como un simple caso administrativo.

Ruego al señor Decano quiera expresar al Consejo Directivo mis sentimientos de consideración y respeto.

JOSÉ INGENIEROS.

*
* * *

No invocaba en vano su laboriosidad y su salud. En el mismo año de 1913, aparecen en Madrid *El Hombre Mediocre*, *Criminología*, *Sociología Argentina* y *Principios de Psicología*.

De todos los libros de Ingenieros, ninguno despertó, como *El Hombre Mediocre*, ni mayor expectativa ni juicios más vehementes.

Ninguno, también, se apartaba de manera más decidida, de su estilo habitual, de su rigor y de su método. Las definiciones demasiado narrativas y líricas explican, en parte, la causa de su éxito. Pero hay en todo el libro una nota tan sostenida de pasión que el calor se contagia y se propaga. Había comenzado siendo una psicología de los caracteres amorfos, pero el tema primitivo transformóse poco a poco en una verdadera crítica de la moral.

En su curso de psicología concreta, Ingenieros comenzó por estudiar al hombre que nos rodea por millones, "que avanza en la sombra y se reproduce en el silencio". Los psicólogos no se ocupan habitualmente de esos seres del rebaño; la historia ignora sus nombres, el arte los desprecia. Pero aunque defendidos por la coraza de su insignificancia, el sabio puede abordarlos y desmontar sus engranajes.

Una primera comprobación basta ya para fijarlos: el hombre mediocre no es el hombre normal ni el hombre medio, productos ambos de una abstracción antojadiza, ni es tampoco el hombre equilibrado, porque la inercia no es un equilibrio. Los hombres al nacer reciben en herencia los elementos para adquirir una "personalidad específica" que es común a todo animal humano, pero insuficiente para adaptarlo a la mentalidad social: con escasos agregados aparece en los *hombres inferiores*. La mayor parte, sin embargo, por educación imitativa, copia de quienes lo rodean una "personalidad social" perfectamente adaptada: son los *hombres mediocres*. Una minoría selecta puede no sólo imitar la mentalidad social, sino adquirir variaciones particulares, una "personalidad individual": los *hombres superiores*. Los primeros aparecen como instintivos, inadaptables, antisociales; no pueden pensar como los otros. Los segundos son dóciles, rutinarios y domésticos; piensan con el cerebro de los otros. Los últimos, en fin, son felices

accidentes en la evolución social; originales, imaginativos, idealistas, pueden concebir una perfección y tender hacia ella: piensan mejor que la sociedad en la cual viven.

Si se tiene en cuenta que el desarrollo de una sociedad humana es el resultado de una lucha perpetua entre la innovación y la costumbre, se advierte cómo el hombre mediocre, simple caso de psicología de los caracteres, adquiere un valor incalculable cuando es estudiado como una fuerza social: la mediocridad. Los términos del conflicto aparecen bien precisos: idealismos, de un lado; mediocridad, del otro.

Una seria dificultad aparece, sin embargo: ¿qué debe entenderse por idealismo? Ingenieros ha encontrado una posición nueva incorporándolo a la filosofía científica. Rehusa, ante todo, el monopolio del idealismo a quienes lo reclaman en nombre de escuelas filosóficas, sistemas de moral, prejuicios de religiones, fanatismos de sectas o dogmas de estética, para afirmar, más tarde, que el idealismo es una fuerza moral que se inspira en el deseo de mejorar lo real: los ideales éticos son hipótesis de perfección.

Excluidos los hombres mentalmente inferiores, la humanidad aparece compuesta por hombres capaces de construirse un ideal y por hombres que no pueden concebirlo: aquellos son originales y perfectibles; éstos, imitativos y rutinarios. La mediocridad intelectual ignora la curiosidad y la iniciativa, como la mediocridad moral

es una impotencia para la virtud y una cobardía para el vicio. Por eso la vida de los caracteres mediocres es una perpetua complicidad con la vida de los otros.

En ciertas épocas, los hombres sin ideales consiguen imponerse; la fuerza del número hace olvidar la inferioridad individual. La mediocridad se vuelve peligrosa: las patrias se transforman en países, las naciones en mediocracias, las facciones reemplazan a los partidos. Pero cuando las mediocracias llegan hasta el fondo de su envilecimiento, los hombres puros de una generación restituyen a su culto la calificación de los valores humanos: en la historia de un pueblo o de una raza esa es la hora de los resurgimientos. La aristocracia del mérito, alejada, por igual de la aristocracia de la sangre y de la democracia del número, encontraría en estas palabras su fórmula absoluta: "la justicia en la desigualdad". Y el libro termina con una apología de los forjadores de ideales.

Para los que no conocían a Ingenieros sino como psiquiatra o criminalista, *El Hombre Mediocre* fué una revelación sensacional. Los jóvenes de América escucharon, por vez primera, la nueva gran voz que habría de llevarlos a la conciencia de sí mismos. Y en las páginas de los *Archives d'Anthropologie Criminelle*, donde se publicaran sus monografías y se aplaudieran sus obras, Mayer comentaba asombrado este nuevo libro del joven sabio "de quien Europa conocía los trabajos

científicos sin sospechar al filósofo y al moralista cuya potencia de expresión lírica recordaba, a veces, los mejores capítulos de Emerson".

*

* *

En 1910 y con motivo del primer centenario argentino, Ingenieros había corregido algunos ensayos juveniles, retocando su primitivo esquematismo, hasta darles forma orgánica en la primera edición de *La Evolución Sociológica Argentina*. Pero fué en la edición de Madrid del año 1913 cuando aparece con el título definitivo de *Sociología Argentina* y con el agregado de varios capítulos críticos que constituyeron, desde entonces, el núcleo central, no modificado en las posteriores redacciones.

Ya hemos visto desde las primeras páginas cuán precoces fueron en Ingenieros las preocupaciones sociales y políticas. Para la orientación definitiva más pudieron, sin embargo, la biblioteca y la clínica que los prestigios de la tribuna política, como que mal podía haber la ingenua credulidad sectaria en su temperamento crítico y en sus convicciones de estudioso. Los *compañeros*, por otro lado, no se sentían a *son aise* con este joven sabio que asistía de levita y galera a las reuniones del partido y que se complacía en desafiar con los desplan-

tes del superhombre las aspiraciones candorosas en la igualdad del futuro.

Alejado del partido desde 1899 no lo estuvo, jamás, del socialismo. Y cuando en abril de 1903 la municipalidad de Buenos Aires le nombró comisionado para estudiar las condiciones higiénicas y sociales de la clase obrera, Ingenieros propuso una reglamentación social en la materia que había de ser la base de la futura *Ley González*, el más noble intento de socialismo de Estado realizado en el país.

Su concepto de la evolución histórica, inspirado naturalmente en las nuevas corrientes del marxismo, no tenía ni podía tener la rigidez ortodoxa de los primeros aforismos. En conformidad con los partidarios del economismo histórico, en cuanto a su punto de partida —las necesidades materiales de la vida determinando la evolución de las sociedades humanas—, Ingenieros adopta una posición original al señalar los factores económicos como un caso particular de los biológicos y la economía política como la aplicación a la especie humana de las leyes que rigen la lucha por la vida en las sociedades animales. La sociología aparece así como una ciencia natural que estudia la evolución de la especie humana en los medios propicios a su existencia y reproducción. El "organicismo" y el "economismo" son erróneos porque son unilaterales: una sociedad es un agregado biológico, pero no es un organismo; los fenó-

menos económicos, con adquirir en la especie humana caracteres destacados, no dejan de ser por ello una forma superior de tendencias comunes a todos los seres vivos.

Para la sociología biológica, las necesidades comunes a las especies vivas—inclusive la humana—determinan fenómenos regidos por las leyes de adaptación y lucha por la vida, tomadas en su sentido más lato. Esas mismas necesidades se modifican progresivamente en la especie humana por el incremento de la asociación en la lucha por la vida, desarrollando su organización económica y creando nuevas relaciones entre las razas que componen la especie, entre los grupos que componen la raza, entre las clases que componen el grupo y entre los individuos que componen la clase.

Las variaciones en la organización—como consecuencias de variaciones del medio en el espacio y en el tiempo—determinan variaciones correlativas en la mentalidad del agregado, que se traducen por diferentes creencias o costumbres. Un tipo de sociedad definido, con instituciones y costumbres propias, tendrá naturalmente su mentalidad igualmente propia. Esta manera de plantear los problemas de la sociología implica recurrir naturalmente al método genético, que Ingenieros señalara con anterioridad a los estudios homónimos de Baldwin y Cosentini.

La aplicación de semejante criterio a los grupos que componen la sociedad argentina y a las demás sociedades

del continente americano lo lleva a considerar la política nacional y la internacional como simples manifestaciones de la lucha por la vida entre los agregados sociales y a inferir la evolución de la política interna en armonía con los intereses creados por el régimen económico vigente en las naciones de raza blanca. Sin preocupaciones de nacionalidad, clase o partido, la *Sociología Argentina* tiende a mostrar las aparentes antinomias que se desenvuelven en torno de dos orientaciones: la evolución de la barbarie indígena hacia la civilización de tipo europeo (en el orden interno) y la evolución del feudalismo colonial hacia el solidarismo democrático (en el orden internacional), dejando entrever la futura posición de la Argentina entre los países sudamericanos y su probable influencia cultural, organizadora y pacifista.

*

* *

Con *El Hombre Mediocre* y la *Sociología Argentina*, Ingenieros dió, el mismo año, *Principios de Psicología*.

Por vez primera en la historia de esta ciencia, los *Principios* planeaban un sistema completo—"una verdadera filosofía de la psicología", para emplear la expresión de Ribot—que examinando la formación natural de las funciones psíquicas en la evolución de las

especies vivientes, en la evolución de las sociedades humanas y en la evolución de los individuos, permitía concebir a la psicología como a una ciencia natural, concordante con las hipótesis más generales de las ciencias biológicas. Al considerarla de este modo, la psicología no estrecha por eso sus dominios: la lógica, la estética, la sociología, la moral y el derecho, interpretados de acuerdo con el método genético, renovarán fundamentalmente su estructura hasta conseguir constituirse como nuevas ciencias naturales dentro del marco amplísimo de aquella.

En el bosquejo sistemático de su *psicogenia*, Ingenieros articula rigurosamente tres hipótesis fundamentales: la formación natural de la materia viva, la formación natural de la personalidad consciente y la formación natural de la función de pensar; intenta, de ese modo, resolver los tres problemas esenciales de la psicología, en oposición, con la primera, al vitalismo y la generación espontánea; con la segunda, a la conciencia epifenoménica o creadora, y con la tercera, al racionalismo intelectualista.

Las diversas especies de materia provendrían las unas de las otras, partiendo de las que presentan una constitución más simple hasta llegar a las más complejas. En el curso de esa evolución, la adquisición de las propiedades físicoquímicas ha sido una resultante de nuevos estados de equilibrio. La materia viva podría considerarse como

una forma de equilibrio entre las muchas que pueden presentar los estados de la materia: la adquisición de sus propiedades, que llamamos *funciones*, sería un resultado natural de sus variaciones de estructura, que llamamos *morfológicas*.

Las funciones de los seres vivos aparecen como la consecuencia de las incesantes permutas de energía entre el organismo y el medio. Las funciones psíquicas se impondrán como un caso particular de las funciones biológicas que aseguran, con la adaptación al ambiente, la protección del individuo. Su estudio puede realizarse en la evolución de las especies, en la evolución de las sociedades y en la evolución de los individuos.

En la evolución de las especies, presentan diferencias de grado, condicionadas por la suma de experiencia adquirida por cada una pero no, diferencias de naturaleza. Las desigualdades mentales que las distinguen corresponden a diferencias paralelas en su estructura. Los resultados de la psicología comparada demuestran la descendencia mental del hombre, en conformidad con el transformismo.

En la evolución de las sociedades, las funciones psíquicas colectivas se manifiestan en correlación a la estructura social y varían con ella desde los pueblos primitivos hasta las sociedades civilizadas: la historia general de las creencias acompaña a la historia general de las instituciones.

En la evolución de los individuos, las funciones psíquicas presentan tres períodos: de organización, de perfeccionamiento y de involución. En los tres, la formación de la personalidad está condicionada por el medio: la experiencia individual se forma en función de la experiencia social. La "personalidad consciente" aparece como una adquisición progresiva en el curso de la experiencia individual.

La conciencia entendida como una realidad, un poder o una fuerza, no existe; sólo puede considerarse como la abstracción de una cualidad común a ciertos fenómenos biológicos en determinadas circunstancias: una excitación es conocida por el sujeto cuando se relaciona con la experiencia anterior. La posibilidad y el grado de actividad consciente están condicionados por la suma de experiencia adquirida por cada especie en el curso de la evolución filogenética y significan un perfeccionamiento de las primitivas funciones protectoras.

En igual forma, la función de pensar aparece como una adquisición natural en el curso de la experiencia y su estudio sólo puede constituirse comparando las operaciones intelectuales del hombre con las de los animales, las del civilizado con las del primitivo, las del adulto con las de los niños. El pensamiento no se presenta como una entidad anterior a la experiencia, sino como una consecuencia de relaciones entre sus datos. Los modos reales de pensar son infinitos y nada tienen que ver con

los artificiosos de los lógicos; los razonamientos habituales son extralógicos. La lógica futura será una historia natural de las creencias.

Si la psicología estudia funciones que se constituyen en el curso de la evolución biológica, es una ciencia genética y debe adoptar el método genético. Dentro de este método, la observación extrospectiva es fundamental; la introspección y la experimentación son sus valiosos auxiliares. Frente a la estrechez filosófica de ciertos experimentalistas y a la vaga especulación de ciertos intuicionistas, la psicología genética puede ofrecer para el análisis una orientación general que haga más fructuoso el esfuerzo y para la síntesis una base de experiencia cada vez más amplia y más segura.

Es suficiente el enunciado de esos principios, para reconocer a la *Psicología* de Ingenieros como a la más perfecta introducción que se haya escrito hasta hoy. No importa que aquí o allá algún detalle deba retocarse: jamás se han planteado sus problemas con más absoluta lealtad, con más rigurosa precisión. Trece años después de la primitiva redacción —los *Principios de Psicología* se publicaron por capítulos en 1910, en "Argentina Médica"— el ilustre químico y filósofo Guillermo Ostwald dirige su traducción al alemán y en las palabras prologales, que por venir de quien vienen constituyen de por sí sobrada honra para la cultura nacional, señala la importancia excepcional del libro por sus proyecciones fi-

losóficas y por los fundamentos biológicos en que asienta su estudio.

*
* *

Mientras corregía, en Madrid, las pruebas de su *Psicología*, Ingenieros conoció a don Francisco Giner de los Ríos, cuya vida ejemplar le impresionó hondamente. Cuando evocaba sus recuerdos de la España de entonces, y después de las alusiones afectuosas a los más íntimos camaradas de tertulias y de andanzas —Villaespesa, Simarro, Machado, Saldaña—, la figura luminosa de don Francisco Giner ponía en el timbre de su voz una vibración emocionada. “Pocas veces ante un hombre — confesaba al día siguiente de la muerte de Giner—, he tenido la impresión de estar conversando con un santo. No era otra cosa la que me producía, en inolvidable comunión espiritual, “Don Francisco”, a quien me permitía llamar, equivocándome de intento, “San Francisco”. Y él, con una dulce bondad que nunca olvidará quien haya visto su paternal sonrisa, me perdonaba la chanza afectuosa, comprendiendo que era sinceramente admirativa”.

Por su apostolado cultural, por la práctica severa de la virtud, Ingenieros veía en don Francisco Giner a uno de esos temperamentos idealistas que inspiraran en *El*

Hombre Mediocre sus páginas mejores. Reafirmada su cultura en tres años de meditaciones y de estudios, seguro ya de su orientación definitiva, y modificada de acuerdo a sus deseos, la realidad política de su país, Ingenieros emprendió el regreso a la Argentina, dispuesto también a ensanchar el radio de su influencia y a dejar en el alma de su pueblo, una activa levadura de porvenir.

IV

HACIA LA FILOSOFIA

CON excepción de un solo diario —22 de julio de 1914— ninguno anunció la llegada de Ingenieros. Un silencio cobarde, que había de prolongarse casi hasta su muerte, fué la venganza pueril con aquel hijo preclaro que cometió el error de decir cuanto pensaba con generosa imprudencia.

El país atravesaba, entonces, por una de esas terribles crisis económicas que parecían desangrarlo. Se vivía en la inminencia de la catástrofe y, como en el último acto de la comedia benaventina, sólo se escuchaba, en todas partes, el clamor por el dinero. En esa hora triste de nuestra vida y frente a aquella tácita confabulación de la sociedad conservadora, Ingenieros venía a trabajar por los valores de la cultura. “La riqueza sin cultura —dijo entonces— no es nuestra gloria sino nuestra vergüenza y la futura grandeza de mi patria será moral o intelectual o no será nada”.

Muy poco tiempo después, dos grandes empresas comenzaron a vivir bajo su influencia: *La Cultura Argentina* y la *Revista de Filosofía*, difundiendo aquélla las mejores obras nacionales, y despertando estotra las inquietudes del humanismo.

*
* *

Es necesario recorrer el catálogo de *La Cultura Argentina* para aquilatar su esfuerzo incomparable. Ediciones agotadas u ofrecidas a precio sólo a muy pocos accesible, habían cerrado al pueblo la amistad de los grandes libros argentinos. Sin el apoyo del Estado, sin preocupaciones de lucro, Ingenieros quiso poner en manos del público "que lee" y a precios irrisorios, nuestra mejor tradición intelectual.

Se trataba de un ensueño acariciado desde hacía muchos años. En 1904 la prensa del país reprodujo con simpatía los prospectos de una "Biblioteca Argentina de Ciencias y Letras", que tendría por director a Ramos Mejía y a Ingenieros por secretario. Circunstancias especiales hicieron fracasar la iniciativa cuando se tenía ya entre manos, valiosísimas obras nacionales. El proyecto durmió los dos años siguientes, por ausencia de Ingenieros; reiterado en 1907, ningún editor argentino quiso arriesgarse en tal empresa. Entre promesas y desengaños,

la Biblioteca Argentina aparecía como un imposible. Ingenieros había consultado en Europa cuanto podía averiguarse: desde la casa "Renacimiento" de Madrid hasta la Exposición Internacional de Leipzig. Harto de perseguir un colaborador imposible de encontrar, Ingenieros resolvió hacerlo todo a su manera: haciéndolo. "Perderé como editor —dijo— lo que he ganado en diez años de ejercer la medicina". Y por las dudas, no dejaba de ejercerla...

En poco tiempo, los libros de *La Cultura Argentina* se desparramaron por América, invadieron las librerías, colmaron las bibliotecas. Autores hasta entonces casi desconocidos, alcanzaron, de pronto, una popularidad insospechada. Las páginas hondas y graves de Ameghino, los repiques vibrantes de Agustín Alvarez, los comentarios ágiles de Miguel Cané, los estudios sesudos de Alberdi y de Sarmiento, las meditaciones apasionadas de Echeverría, se incorporaron definitivamente al acervo de la cultura general y puede afirmarse sin jactancia que *La Cultura Argentina* constituye la más eficaz obra de cultura colectiva que se haya realizado en el país.

*
* *

Por su parte, la *Revista de Filosofía* declaraba, en el programa, su deseo de imprimir unidad al naciente pen-

samiento argentino, continuando la orientación cultural de Rivadavia, Echeverría, Alberdi y Sarmiento. Procuraba, además, contribuir a la renovación de los géneros clásicos de la filosofía mediante las conclusiones más generales de la experiencia científica, cuyo conocimiento es la premisa natural de toda elaboración filosófica.

Desde el 1º de enero de 1915 hasta noviembre de 1925, la *Revista de Filosofía* constituye el más serio exponente del pensamiento americano. Cuanto tiene de ilustre la América Latina ha trabajado para ella y sus páginas abiertas, despertaron vocaciones, estimularon esfuerzos, ensancharon los límites de la especialización científica. Con saber perfectamente qué es lo que quiere y hacia dónde va, la *Revista de Filosofía* tiene, entre sus colaboradores idealistas y teósofos, positivistas y escépticos, pero, sobre todo, educadores. Ingenieros deseaba demostrar así que, no siendo adicta a ninguna de las viejas escuelas, quería, sobre todo, avivar el gusto por problemas igualmente alejados de la ciencia estricta y de la imaginación literaria. Que algo se ha conseguido, lo demuestra el hecho evidente de que las dos terceras partes de los colaboradores actuales pertenecen a la novísima generación latinoamericana, y basta recorrer sus ensayos juveniles para comprobar hasta dónde ha llegado el hábito de la reflexión y del estudio.

*

* *

Reincorporado al cuerpo docente de la Facultad de Filosofía y Letras, Ingenieros funda, en 1915, el primer "Seminario de Filosofía". Multiplicándose en un extraordinario despliegue de energías, alternaba las tareas de la enseñanza con las atenciones del consultorio, las exigencias del corrector de pruebas con las actividades del propagandista... Conferencias y artículos sobre Ramos Mejía, Ameghino y Alvarez, colaboraciones en todas las revistas del país, anunciaban de manera que no dejaba dudas, la inminencia de un gran renacimiento.

La "Fundación Carnegie", al invitarlo especialmente a visitar los Estados Unidos con ocasión del Congreso Científico de Wáshington (diciembre de 1915), puso unas breves vacaciones en aquel año de incesante actividad. Encarando un problema que comenzaba a preocupar y que agitaría, muy en breve, a los estudiantes y a los profesores argentinos, Ingenieros presentó a la consideración de aquel congreso, su profundo ensayo sobre *La filosofía científica en la organización de las Universidades* más comúnmente conocido con el título sintético de *La Universidad del Porvenir*.

En los países civilizados, la Universidad aspira a ser un instrumento de la acción social. Pero esa tendencia, particularmente acentuada en los últimos quince años, resulta difícilmente realizable porque no responde al sistema de ideas generales que resultan de las ciencias contemporáneas, y porque no está adaptada a las socie-

dades en que funciona. El desarrollo de las escuelas particulares, convertidas en institutos técnicos destinados a preparar profesionales, ha muerto a la vieja Universidad, pero no ha creado todavía la Universidad que habrá de reemplazarla.

Desde el punto de vista científico y moderno, las Universidades deben representar el saber organizado y sintetizar las ideas generales de su época. Pero cada sociedad imprime un ritmo personal a esa común sabiduría de su tiempo y plantea por lo tanto, un nuevo punto de vista, nacional y americano. ¿Cómo preparar la Universidad moderna en concordancia con esas exigencias? Sin necesidad de un cambio brusco, podría intentarse una evolución gradual, que Ingenieros cree resolver, en parte, confiando a las escuelas respectivas la organización de las carreras particulares y a la Universidad el doctorado de los altos estudios. Las escuelas prepararían técnicos en un dominio especial; la Universidad, hombres de ciencia sólidamente preparados por una cultura general en las otras disciplinas científicas.

Pero esa primera solución necesita completarse con un agregado fundamental: la Facultad de Filosofía debe ser el instrumento de esa Universidad profundamente renovada. En vez de continuar la vida precaria de hoy en día, las futuras Facultades de Filosofía se transformarán en organismos destinados a la síntesis de las ideas generales que excedan los dominios particulares de cada

facultad profesional. Para ese objeto, los estudios de filosofía, además de los históricos y literarios que siempre le serían propios, debieran cursarse en las diversas Facultades científicas comprendiendo las materias generales de todas ellas, con exclusión de las propiamente técnicas. Daríamos así a la Universidad el espíritu de generalización y de síntesis del que tienden a apartarse las Facultades profesionales, al mismo tiempo que reemplazaríamos los restos agónicos de la filosofía medioeval por los resultados ilimitados y siempre nacientes de la filosofía científica.

*
* *

Terminado el Congreso y, por lo tanto, la breve vacación, Ingenieros inaugura el año universitario de 1916 con un curso breve pero intenso sobre *La cultura filosófica en España*.

La primera conferencia analiza las fuentes teológico-escolásticas del pensamiento medioeval, desde la escuela de Córdoba —en el período hispanoamericano— hasta la supremacía definitiva de Castilla, cuya cultura se torna de más en más literaria y cuya teología se aferra de más en más al dogmalismo católico.

Dedica la segunda conferencia al período teocrático en que España fué metrópoli de América para seguir las transformaciones del escolasticismo que, expulsado de Europa por el Renacimiento, se rehace en España como

una antirreforma y toma el carácter de una teología católica de base tomista, prolongando la Edad Media en el corazón de la Moderna. Compensada al principio por el magnífico Luis Vives y algunos erasmistas, reformistas e independientes, la corriente ortodoxa consiguió imponerse robusteciendo el llamado "espíritu tradicionalista", admirativo de la ignorancia autóctona y de la pobreza gloriosa, contra el cual librarán sus batallas culturales los europeístas posteriores a Carlos III.

La tercera y última, cuenta las peripecias de esa lucha contra el aislamiento antieuropeo de la teocracia española, desde el siglo XVIII hasta nuestros días y cómo por dos veces, la España renacentista consigue encarnarse en grandes nombres que igualan a los más ilustres de la ortodoxia triunfante: con Sanz del Río frente a Balmes, con Ramón y Cajal frente a Menéndez y Pelayo. Y después de subrayar la influencia decisiva de Joaquín Costa y de Francisco Giner, Ingenieros termina señalando en la España posterior al desastre de 1898 los síntomas alentadores que permiten augurar una revocación profunda en su cultura filosófica; por la ciencia y por el trabajo.

*
* *

Por momentáneo alejamiento del profesor titular de Ética, don Rodolfo Rivarola, Ingenieros ocupó su cáte-

dra en junio de 1917 y dictó desde la misma las celebradas lecciones sobre Emerson y el eticismo que aparecerían, muy en breve, bajo la forma definitiva de *Hacia una moral sin dogma*.

El viaje a Estados Unidos le había puesto en contacto con el intenso movimiento de las sociedades éticas y trató de comprenderlas con cariñosa simpatía. Vió, muy pronto, que se anunciaba en ellas, el advenimiento de una nueva moral, independiente de la teología y de la metafísica y con sanciones no menos severas que las racionales o divinas. Rastreando en el pasado como el medio más seguro de comprender lo presente, Ingenieros encontró la soberbia figura del solitario de Concord, como al profeta magnífico de la nueva moral. La ética de Ingenieros iniciada en *El Hombre Mediocre* como una crítica, alcanza en las lecciones sobre Emerson las líneas severas de la teoría. Y si recordamos que en el primer capítulo de aquél, Ingenieros contaba su propia evolución, no será difícil encontrar en muchas reflexiones de estas últimas, más de una confidencia de significado transparente.

La historia de la ética, nos dice, desde sus primeras concreciones hasta nuestros días, muestra una lucha constante entre dos géneros de sistemas dogmáticos. Los unos —teológicos y religiosos— ponían sus principios en dogmas revelados; los otros —filosóficos e independientes—, partían de dogmas racionales; representaban to-

dos, opiniones inmutables e imperfectibles impuestas a los hombres por una autoridad anterior a su propia experiencia. Aunque lógicamente se equivalen, tienen, sin embargo, diverso significado histórico. Las teologías aparecen como cuerpos de doctrinas conservadoras, subordinando la ética a la autoridad de la Iglesia; las filosofías racionalistas, disconformes con aquéllas y heréticas por lo tanto, nada, sin embargo, construyeron. Individuales cuando no individualistas, carecen de esa fuerza de cohesión social que constituyó, en ciertas épocas, el aspecto positivo de las morales religiosas.

Tanto los dogmas teológicos como los racionales han prescindido de este hecho universal: la continuidad de la experiencia moral, variable en el tiempo, distinta en el espacio. La moralidad efectiva es un producto social y se renueva conjuntamente con la sociedad que la origina. Una nueva etapa se ha iniciado ya, en la evolución de la ética, planteando el estudio de la experiencia moral, como una pura y simple historia de las costumbres. Los nuevos deberes son sociales y ellos expresan toda la obligación; la nueva justicia es social y ella expresa toda la sanción.

La moral es un resultado natural de la experiencia social y perfectible como ella. La relatividad del saber, la progresiva rectificación de los métodos, excluye el dogmatismo. Siendo la experiencia distinta en cada sociedad humana y en cada momento de su evolución, se

comprende la inevitable variación de los ideales morales que los hombres construyen hipotéticamente sobre su experiencia incesantemente renovada.

La demostración de esta doctrina no requiere ser abstracta ni dialéctica, sino concreta e histórica. La vida, las doctrinas y la acción social de Emerson, entendido como hombre representativo, permiten comprender que la ética humana se desenvuelve en función del medio social y puede expandirse sin la tutela de dogma alguno.

Ingenieros entra a relatar la evolución esencialmente práctica del puritanismo en Nueva Inglaterra —entendido de más en más como un vínculo de solidaridad civil—, para señalar luego cómo el metodismo aborígen, no obstante conservar el título de iglesia, constituía una verdadera sociedad de libres pensadores cristianos que convergían en un mismo anhelo de perfeccionamiento ético-individual.

Miembro de la iglesia unitaria primero, conferencista laico después, Emerson se convirtió en el alma de ese movimiento social de Boston, análogo al que engendró, entre nosotros, la *Joven Argentina*. Desconociendo el valor de los preceptos y dogmas tradicionales, como fundamentos de la moral, Emerson da una amplitud desconocida al no-conformismo afirmado por las iglesias disidentes: quien desee adquirir palmas de inmortalidad no debe de reconocer como sagrado sino la integridad de su propia conciencia. La obligación y la sanción no

emanan de lo sobrenatural sino del hombre; la confianza en Dios ha cedido su puesto a la confianza en sí mismo.

Emerson, sin embargo, no se detuvo allí. A ese primer período en que pone la obligación y la sanción en los dominios individuales de la conciencia, sucede por una transición progresiva, otra etapa en que sin atenuar su culto por la personalidad, va acentuando el sentido social de sus ideas morales. Poco a poco llega a ver en el agregado colectivo la fuente de la obligación y el instrumento de la sanción moral; el deber no es mandamiento divino sino producto de la convivencia, que impone la justicia como condición del libre desenvolvimiento personal; la sanción no queda librada a la razón del individuo aislado, sino a la conciencia social en que se armoniza la razón de todos. Y nada importa que el hombre descreído no tema al infierno ni al remordimiento, si el medio consigue educarlo de tal modo que llegue a mirar la reprobación social de su conducta como la más humillante de sus desdichas.

Esos principios fundamentales del pensamiento de Emerson influyeron poderosamente sobre las iglesias norteamericanas intensificando su ética social y disminuyendo sus dogmatismos. Ellos reaparecen más puros en las *sociedades de cultura moral*, independientes de las iglesias tradicionales. Si entre los hombres que no creen en religiones dogmáticas, muchos carecen de energías

morales suficientes, ¿no es deseable que las sociedades éticas les proporcionen un ambiente propicio para que su moralidad se sostenga y perfeccione?

*
* *

Casi al mismo tiempo, los estudiantes de medicina le ofrecieron la tribuna de su "Centro" y para ellos fué la conferencia sobre Le Dantec.

Desde hacía muchos años, Ingenieros profesaba por Félix Le Dantec una admiración entusiasmada. En la *Simulación de la locura* lo cita con respeto; en las *Crónicas de viaje* le consagra dos páginas sabrosas y en los *Principios de Psicología* se inspira en él, directamente, para desarrollar la hipótesis sobre la formación natural de las funciones psíquicas. En la primer visita al Viejo Mundo había cultivado su amistad; en la penúltima, había conseguido la intimidad afectuosa.

Ingenieros gustaba en Le Dantec muchas cualidades que les eran comunes y por encima del análisis perspicaz y del razonamiento agudísimo, "esa absoluta irreverencia frente al convencionalismo científico y filosófico que, si expone a algún traspie, es la condición primera de la originalidad en todos los dominios de la inteligencia". Durante un cuarto de siglo y casi a razón de un libro por cada año, Le Dantec fué, en efecto, *l'enfant*

terrible de la enseñanza oficial y de la filosofía a la moda. A los veinte años, los biólogos le odiaban ya por su *Teoría nueva de la vida*; a los treinta, los filósofos lo difamaban por sus *Leyes Naturales*. Entre los primeros parecieron pocos todos los dictérios contra ese muchacho audaz que dejando a un lado las disciplinas del laboratorio, reivindicaba ruidosamente los derechos del razonamiento y de la hipótesis. Entre los segundos apretáronse las filas contra el intruso irreverente que traía la pasión de la claridad a problemas empañados desde antiguo por la superstición y el verbalismo.

El largo estudio de Ingenieros, publicado en su versión taquigráfica y nunca retocado, lo toma a Le Dantec desde que esboza una teoría fisicoquímica de la vida y lo sigue hasta el intento final de una síntesis definitiva. Con ser tan sólo una conferencia, el trabajo de Ingenieros —que él mismo no quiso incluir en el sumario de la *Revista de Filosofía* sino en la sección de *Análisis de Libros*— es la más segura introducción a la montaña de libros que Le Dantec desparramara con propósitos distintos. El volumen de Moreux sobre el mismo tema, con ser afectuoso y devoto, está muy lejos de dar al lector no familiarizado con la obra, la idea de conjunto que es lógico exigir a los resúmenes.

Del estudio minucioso se desprenden dos conclusiones de importancia: como biólogo, Le Dantec ha realizado uno de los más poderosos esfuerzos para construir

una biología integral; como filósofo, ha sido menos feliz y con haber esbozado en diez partes distintas, un sistema orgánico de filosofía científica, no alcanzó, en ningún momento, la síntesis terminante.

*
* *

Por esa misma síntesis, Ingenieros venía trabajando desde hacía muchos años. Una disciplina científica, "larga por su comienzo precoz", habíale retraído de publicar escrito alguno sobre asuntos propiamente filosóficos que interesaron sin embargo y desde muy temprano, su curiosidad nunca saciada.

Pocas veces, en efecto, puede verse como en este caso de Ingenieros, una vocación tan temprana y tan consciente de sí misma. Desde el primer ensayo juvenil hasta el último libro de la madurez, se descubre siempre, transparente unas veces, disimulada otras, una misma preocupación de totalidad. Aún cuando elija y se encierre en un problema reducido —y bien atestigua la *Simulación de la Locura* hasta dónde sabía llevar la profundidad del análisis—, los detalles recogidos no adquirirían un valor sino en el conjunto que los explica y los precisa. Para determinar el tipo de un espíritu, la verdadera cuestión consiste en preguntarse hasta donde llega, en su obra, la autonomía del detalle. Lo que constituye

al analista no es tanto el número y la fineza de las descomposiciones, como la vida relativamente independientes de sus resultados, reconocibles siempre y fáciles de separar entre el sistema provisorio que los sostiene. Más profundo que penetrante, el sintetizador, en cambio, no busca ya los elementos tenues de las ideas y de los hechos; en la aparente diversidad de los mismos persigue, por el contrario, el elemento esencial que los coordina, el rasgo predominante que los resume, la ley soberana que los gobierna. El analista mantiene los resultados pero no los utiliza; el sintetizador los asimila en un sistema dentro del cual desaparecen y se confunden.

Basta aplicar este criterio elemental, para reconocer en Groussac a un analista y en Ingenieros a un sintetizador. Más que en las obras propiamente constructivas, véanse sus críticas a Bunge, a Ramos Mejía o a García. Ingenieros retoma el asunto por su cuenta, lo encara desde su punto de vista, dá una idea suscita de lo que él hubiera escrito sobre el tema, y más que poner en relieve las intenciones del autor, se complace en mostrar analogías o divergencias con las suyas. Se ve que el crítico tiene un sistema personal y que, por serlo, no le es fácil olvidarlo ni un momento. Autor dramático, hubiera escrito piezas a lo Bovio; poeta, poemas a lo Sully.

El hecho resulta aún más destacado, recorriendo las notas de su *carnet* de viajero. Lejos de nuestros hábitos

y de nuestra vida regular, los viajes parecen librarlos a las impresiones espontáneas de nuestro propio yo.

Los libros de viaje de los grandes escritores son, por eso, las páginas mejores de una autobiografía, como si la novedad de la existencia pasajera los invitara a expresarse con más sinceridad. Por eso, los libros en que Ingenieros cuenta sus andanzas nos dan, en su momento, el mejor panorama de su vida intelectual, con sus grandes concepciones, pequeñas curiosidades, influencias momentáneas, fantasías o caprichos. Sabe describir o imaginar cuando le place, pero aquí o allá, una reflexión oportuna, un comentario al pasar, nos recuerda que viajamos en compañía de un hombre que no se detiene en lo exterior de las cosas y que busca más allá de su aparente divergencia, la cualidad que las une.

En quince páginas traza un cuadro completo del imperialismo alemán, como evoca en pocas líneas el ambiente de su Florencia bien amada. Los negros de San Vicente le inspiran una acabada disquisición sobre las razas y la sonrisa petulante de un bandolero le mueve a escribir un hondo estudio sobre la vanidad criminal.

En la reedición castigada de sus obras, Ingenieros reunió los dos libros primitivos en que había fijado algunos de sus momentos en Europa, bajo el título común de *Crónicas de Viaje*, a todas luces inexacto. La crónica exige el alma de un espectador que parece llevado por sus ojos; como que algo tiene, en realidad, de esa curio-

sidad ingenua de los niños a los cuales todo divierte por igual. El observador, conduce en cambio su vista, como que es necesario para la reflexión ulterior el sistema que la dirija y que la oriente.

No obstante el carácter engañoso de alguna página de artista, Ingenieros era, por esencia, un espíritu abstracto y hay entre la imagen y el concepto un antagonismo esencial, como que no es posible pensar, a la vez, por totalidad y por fragmento. El hombre de imaginación tiende hacia una complejidad siempre creciente; el hombre de abstracción hacia una sencillez cada vez más acentuada.

Esa necesidad imperiosa de elevar el hecho al concepto, que constituía en la mentalidad de Ingenieros el rasgo dominante, no podía pasar inadvertida a la penetración crítica de Maudsley. Y al presentar *Le langage musical* a la consideración honrosa de la "London Neurological and Mental Society", pronunciaba estas palabras que merecen transcribirse: "Hay una singularidad en los libros de este autor; y es que proponiéndose tratar un tema monográfico, se deja transportar por la generalización sintética. Así, por ejemplo, para estudiar la *Simulación de la locura* formuló una teoría general sobre la simulación en la lucha por la vida, y para estudiar *Los accidentes histéricos* formuló por vez primera la doctrina de la concordancia entre la teoría psicológica de Janet y la fisiológica de Sollier, hasta entonces con-

sideradas como antagonistas por sus propios autores; debo advertir que el mismo Sollier acepta ahora su modo de ver, reconociendo en los *Archives de Neurologie* de París, que Ingenieros y Binet son los únicos que señalaron esa concordancia. Este nuevo libro, publicado por Alcan en su colección de obras médicas, ofrece el mismo rasgo; se propone estudiar las afasias musicales históricas pero hace previamente una disertación general sobre la psicofisiología del lenguaje musical. Me parece que el doctor Ingenieros es un filósofo obligado a escribir sobre asuntos médicos y psicológicos, por cuya causa sus temas le resultan estrechos. Pero esto no es un inconveniente, pues nos obliga a leer dos temas distintos dentro de la misma unidad de la obra".

La necesidad de la síntesis no imponía, sin embargo, la premura del análisis y quien haya visto la profusa bibliografía de sus libros, o le haya seguido en la severa selección del material, podrá afirmar que se encontraba en él, la combinación armoniosa de dos cualidades primordiales: el análisis no se realizaba nunca sino en vista de la síntesis y la síntesis no se cumplía jamás, sino con elementos rigurosamente preparados por aquél. El verdadero sabio es el que sabe extraer la ley entre la ganga de los hechos y hallar bajo la ley, la multiplicidad de los mismos. En lugar de la observación sin resultado o de la creencia irreflexiva surgía, de ese modo, la decisión serena y meditada. Las convicciones no eran, en Ingenie-

ros, el fruto fácil de la pasión o de las circunstancias, sino la resultante trabajada de la observación cuidadosa y de la verificación concluyente.

A lo largo de estas páginas, llevamos recogidos en el terreno de las ciencias habituales algunas de sus opiniones más seguras. Después de frecuentarlas, día a día, en el transcurso de veinte años, vamos a escucharle ahora, su primera opinión en la filosofía.

*
* *

Los hombres que actualmente se ocupan de problemas filosóficos —decía Ingenieros a propósito de la obra de Ribot—, llegaron hasta ellos por tres caminos separados: las humanidades, la moral, la ciencia.

Los que llegan a la filosofía por el camino de las humanidades o son glosadores de viejos sistemas cuyo interés se mide por la forma literaria con que los renuevan o son simples críticos de la filosofía pasada, cuando no de la presente. Los que llegan a la filosofía por el camino de la moral, tienden a establecer nuevos principios normativos de la conducta humana: no son creadores de sistemas filosóficos ni podría en rigor darse a ninguno el nombre de filósofo. Los que llegan a la filosofía por el camino de las ciencias, procuran explicar

en una síntesis nueva los problemas que fueron preocupación de los filósofos clásicos.

De todos los caminos, el último es el único que puede conducir a un sistema filosófico verdaderamente nuevo. Pero de todos también, es el más rudo y el más áspero. Basta leer las tentativas actuales de filosofía científica, en su sentido más amplio —sin recordar a Comte y Spencer que fracasaron por competencia insuficiente— para constatar la unilateralidad de su cultura básica. Excelentes matemáticos o químicos, conocen muy bien una o dos disciplinas, pero ignoran o poco menos las restantes. ¿Un nuevo sistema del mundo será imposible?

La brevedad de la vida humana con relación a la amplitud del saber científico moderno ¿impedirá al filósofo, coordinar sus resultados más seguros, inferir sus leyes más generales, fijar en una síntesis sus grandes conclusiones? Graves preguntas que no es posible resolver a la ligera. Para examinarlas, y proponer una respuesta, Ingenieros presentó a la Academia de Filosofía, el 8 de junio de 1918, en el acto de su recepción, las *Proposiciones* famosas sobre el porvenir de la filosofía.

Por la importancia excepcional de las mismas, por el cuidado meticuloso que empleara en redactarlas, preferimos transcribirlas por entero, para no alterar con nuestro lenguaje la claridad perfecta de su forma original.

: "Proposición primera. — El Renacimiento filosófico se detuvo en indecisos balbuceos; la herencia escolástica y el dogmatismo social impidieron la renovación legítima de las hipótesis metafísicas en los sistemas filosóficos que substituyeron a las teologías medioevales. La hipocresía de los filósofos, destinada a conciliar sus opiniones propias con las creencias vulgares apareció con la teoría de las dos verdades, representada en la actualidad por la concepción de dos filosofías distintas, una de la Naturaleza y otra del espíritu.

Proposición segunda. — La crisis filosófica del siglo XIX fué debida a que la investigación de la verdad engendró hipótesis peligrosas para ciertos dogmas morales. El positivismo llegó a plantearse como un deliberado renunciamento a toda explicación de lo in-experiencial e indujo a confundir las hipótesis metafísicas con las científicas. El espiritualismo ha reaparecido como una exaltación de lo afectivo-ético contra lo lógico-crítico y en vez de superar el ciclo del racionalismo ha regresado a las fuentes ilegítimas que lo precedieron en las teologías medioevales.

Proposición tercera. — La metafísica, como elaboración creadora de hipótesis nuevas, no debe ser confundida con la historiología filosófica; la hermenéutica es una paleo-metafísica de las hipótesis elaboradas sobre experiencias más incompletas que las actuales. Se puede admirar el ingenio de los grandes filósofos clásicos y demostrar que sólo tienen un valor histórico para la reconstrucción genealógica de las hipótesis metafísicas. El ejemplo de su esfuerzo merece imitarse; no para glosarlos, sino para intentar, en este siglo y sobre la experiencia de este siglo, lo que ellos intentaron sobre la del propio.

Proposición cuarta. — Siendo los objetos experienciales infinitamente variables en el tiempo y en el espacio, la perfectibilidad de la experiencia humana nunca llega a excluir la *perennidad de lo in-experiencial*. La infinita posibilidad de problemas que excedan la experiencia, implica la perennidad de explicaciones hipotéticas in-experien-

ciales que constituyan una metafísica, incesantemente variable y perfectible.

Proposición quinta. — Los clásicos problemas de la metafísica resultan en la actualidad inexactamente formulados; parece indudable que cada uno de ellos contiene otros problemas susceptibles de ser planteados en términos legítimos. La variación de los resultados de la experiencia modificará incesantemente la legitimidad de los problemas in-experienciales y de las hipótesis formuladas para explicarlos.

Proposición sexta. — Donde no lleguen las hipótesis experienciales de las ciencias, empezarán las hipótesis que la metafísica prolonga en lo in-experiencial. Las hipótesis científicas subordinan su legitimidad a la posible demostración por la experiencia; las hipótesis metafísicas aspiran a una legitimidad lógica y se presumen in-demonstrables por la experiencia. La legitimidad de las hipótesis in-experienciales llegará a determinarse mediante normas que constituirán la *metodología de la metafísica* como una verdadera lógica del saber hipotético in-experiencial.

Proposición séptima. — La metafísica tiene por objeto formular hipótesis legítimas sobre los problemas in-experienciales; las hipótesis convergentes a una explicación armónica de lo in-experiencial, constituyen un sistema metafísico. La metafísica del porvenir estará en formación continua y presentará algunos caracteres necesarios: la universalidad, la perfectibilidad, el antidogmatismo y la impersonalidad. Será una superación de todas las formas de experiencia, pues todas lindan con problemas in-experienciales.

Proposición octava. — Para plantear con exactitud los problemas metafísicos es indispensable una *renovación total del lenguaje filosófico*. La exactitud de todo proceso lógico está condicionada por la exactitud de los términos; con términos imperfectos no podía elabo-

rarse una lógica perfecta; de las relaciones perfectas entre términos imperfectos, no pueden inferirse conclusiones perfectas.

Proposición novena. — Desprendidas de la filosofía diversas ciencias experimentales, se continuará en el porvenir ya la iniciada *transmutación de la arquitectónica*, hasta constituirse en un género único, la metafísica, destinada a elaborar hipótesis inexperienciales acerca de lo que excede a la experiencia de todas las ciencias. Un sistema armónico que intente explicar lo inexperiencial en función de lo experiencial, mediante hipótesis incesantemente renovables fundadas sobre leyes perfectibles, no engendrará dos géneros de verdades discordantes y realizará la unidad sintética que es la aspiración de toda metafísica legítima.

Proposición décima. — Los ideales humanos son hipótesis inexperienciales condicionadas por la experiencia y varían en función del medio experiencial. Su valor para el hombre depende de su legitimidad. Son más legítimos los que concuerdan con el devenir de la experiencia, anticipándose hipotéticamente a lo que será realidad experiencial en el porvenir.

Punto de encuentro de dos modas filosóficas —la del positivismo expirante que le precediera, la del espiritua- lismo naciente que le sucedió— Ingenieros pudo tomar el contenido de verdad en aquélla y la justeza de la crítica en ésta. En el capítulo primero de los *Principios de Psicología* —de todas sus obras científicas, la de mayor alcance filosófico— es ya evidente, por un lado, el propósito de sobrepasar la fase spenceriana, depurando el sistema de algunos residuos escolásticos que perturbaban su unidad y por el otro, un esfuerzo pertinaz hacia la progresiva revisión del ingenuo dogmatismo materialista,

mediante una crítica fundada en la ampliación incesante de la experiencia.

De sus orígenes más remotos, la filosofía había sido siempre, la obra de los sabios. Pero la necesidad ineludible de la especialización, marcó en el siglo XVIII el comienzo de esa "filosofía" consciente y voluntariamente independiente de las ciencias. Los sabios, por su parte, aceptaron sin preocuparse, ese divorcio que suponían benéfico. Fué el reinado del positivismo en su sentido riguroso, eliminando, por completo, los falsos problemas de los orígenes. En el prefacio a la *Psychologie anglaise contemporaine*, Ribot ha fijado, de manera perfecta, la "temperatura moral" de aquel entonces: la física científica era una física sin materia, como la psicología científica era una psicología sin alma. Poco a poco, sin embargo, y por la sola enseñanza de los hechos, las relaciones recíprocas de la filosofía y de la ciencia, comenzaron a variar de modo decisivo. Y si los sabios reconocieron que no hay ciencia sin concepciones generales, sin vistas de conjunto, sin críticas del método, los filósofos admitieron, a su vez, que el examen profundo de la ciencia era la propedéutica necesaria a cualquier especulación filosófica.

Pero el desarrollo extraordinario de la ciencia moderna ha renovado, de manera decisiva, las antiguas conclusiones de la filosofía especulativa. Sin negar sus problemas, los plantea de otro modo, como sin cerrar los

ojos sobre cuestiones insolubles, trata de acercarse a ellas por caminos más seguros. Las ciencias de la naturaleza abarcan todos los "problemas reales" que se refieren al universo; los abarcan, aunque no los resuelvan. Sus métodos indican el camino más recto para abordarlos y sus resultados permiten imaginar hipótesis legítimas que los exceden. La filosofía científica, entendida como una metafísica de la experiencia, será, en cada momento de la evolución humana, la visión más legítima entre todas y, rectificándose incesantemente, preparará en un devenir sin fin, el punto de vista del instante a llegar.

Las actuales corrientes en boga de la filosofía —tan admiradas por los literatos y los periodistas—, al resucitar, las viejas pretensiones del espiritualismo, seguirán conquistando durante mucho tiempo, las simpatías interesadas del gran público.

La filosofía científica, por obra silenciosa de trabajadores incorruptibles, continuará labrando piedra a piedra, la construcción del futuro. Desde el fondo de la historia, nombres gloriosos la presienten: de Bacón a Spencer en Inglaterra; de Helvecio a Taine en Francia; de Bruno a Ardigó en Italia. Las tendencias naturalistas de la Alemania moderna la confirman y la joven América da con Ingenieros la exposición más definida y sistemática. Gracias a él, la Argentina llevará su porte a la historia más alta de la cultura; gracias a él las historias

de la filosofía, que son la *élite* de las historias, no ignorarán el nombre de su pueblo.

*
* *

No está en la naturaleza de este ensayo —que sólo aspira a coordinar los materiales de su historia—, el comentario o la glosa de sus obras. Pero con dejar para otra oportunidad el análisis minucioso de las *Proposiciones* y su significado en la filosofía contemporánea, cabe afirmar desde ya, que Ingenieros dejó en ellas, el fruto más alto de su pensamiento. La muerte le impidió desarrollar en los *Principios de Metafísica*, que ya tenía *in mente* terminados, las fórmulas sintéticas de las *Proposiciones*. Pero con ser éste su primero y su único libro propiamente filosófico, sería injusto decir que la concepción sistemática ha quedado malograda. Las pocas páginas rigurosas de las *Proposiciones* bastan para poner la clave de la bóveda en una obra de tan perfecta unidad. Y a esa piedra, la bóveda debe más que su solidez, su existencia; pero ella no saca su fuerza sino de las otras que la sostienen y la aprietan, como a su vez, las empuja y las afirma.

*
* *

Definidas sus opiniones filosóficas, seguro de sí mismo y de su rumbo, se acercó resueltamente a la historia de la filosofía, sobre la cual nada había escrito desde *La cultura filosófica en España*.

La muerte de Emilio Boutroux le invitó a meditar sobre la evolución de la filosofía universitaria en Francia durante el período que media entre la revolución socialista del 48 y la catástrofe del régimen político y social que sucedió a la Gran Guerra. El libro que le consagrara —valiente, vivaz, desenfadado— con ser riguroso en la información y severísimo en el método, tiene la nerviosidad de un panfleto y el interés de una novela. No es, sin embargo, la *charge* intelectual a la manera del Papini de *Il crepúsculo*, sin crítica documentaria, sin esfuerzo por entrar en el alma del autor. Y con aproximarse más, no es tampoco, la galería de aguas fuertes a la manera del Taine de *Los filósofos*. Se trata de una historia de la filosofía en el sentido más riguroso del vocablo, pero de una historia de la filosofía reintegrada a la vida de la política y a los vaivenes del movimiento social. Las discusiones, en apariencia, más desinteresadas, se iluminan de ese modo, con un sentido oculto e impensado. Es la historia secreta dirigiendo desde las sombras la otra historia aburrida y solemne de los manuales; es la conveniencia momentánea inspirando una opinión o imponiendo su silencio; es la intriga política disfra-

zada a medias tras de los grandes símbolos y manejando por encima de las disputas de las escuelas y de las rivalidades universitarias, los instrumentos eternos de la conquista y del dominio. Siendo la solemnidad el vicio habitual de los historiadores de la filosofía, sorprende y desconcierta esta otra historia, cuya estupenda naturalidad llega a veces hasta el humorismo. Dijérase que Ingenieros, hartado de la hipocresía de los historiadores, como en las *Proposiciones* lo estuviera con los filósofos, se hubiera propuesto en este libro, recordarnos, a la manera de Pascal, que Aristóteles y Platón jaraneaban y reían... Léase cualquiera de sus capítulos y podrá advertirse, en cada línea, un pensamiento cargado de malicia que va dando a las palabras su significado verdadero.

El libro tiene las apariencias de un homenaje en honor a una alta gloria francesa y entre elogios y cortesías, todo tiende a fustigar una acomodaticia mediocridad universitaria. Del libro de Ingenieros, Boutroux resulta con esta biografía, en realidad, poco envidiable. Estudiaba en Alemania cuando estalló la guerra del 70 y no se sabe qué fué de él durante los sucesos. Al regresar a Francia se vinculó al partido monárquico y era restaurador. Para servir a la reacción monárquico-clerical contra la República liberal, escribió su tesis sobre *La Contingencia* que había de valerle una brillante ca-

rrera. Cuando triunfaron los republicanos, Boutroux guardó su espiritualismo hasta nueva oportunidad y prefirió cultivar la historia de la filosofía, en la cual sólo llegó a ser un discreto profesional sin originalidad en el pensar ni mérito técnico en la producción. Como profesor, su bondad conquistaba la adhesión de sus discípulos y al producirse en Francia, la ola mística de 1890 al 1900, los católicos empezaron a hacerle propaganda, a pesar de sus creencias protestantes, con el fin de aprovechar sus viejas opiniones en defensa del espiritualismo de mediados del pasado siglo. Boutroux quedó vinculado al grupo de conservadores y monárquicos que se adherieron a la República, después de su triunfo y es bien sabido que ese grupo conspiró contra los sectores radicales de la izquierda hasta conseguir la presidencia, trágicamente reaccionaria, de Poincaré.

El "espiritualismo" de Boutroux aparece así como una forma de conciliación con el catolicismo, paralelo a la política de acercamiento entre la Santa Sede y la Francia de Poincaré. Más que un tartufo, Boutroux fué una medianía distinguida y en breve tiempo, no habrá quien se acuerde de él...

*

* *

El segundo centenario de Kant le obligó naturalmente, a opinar sobre la obra del filósofo insigne. Las conclusiones del trabajo, por él mismo formuladas, expresan que Kant fué un genio escolástico que conservó su pietismo inicial a través de una larga carrera universitaria de profesor racionalistas rematándola con la compilación de un vasto tratado ecléctico-pragmatista, compuesto de tres partes llamadas críticas.

El criticismo de Kant no es una doctrina filosófica, sino una magna aplicación integral del método enunciado por Hume para estudiar los problemas del conocimiento. Sin adherir al escepticismo, Kant desarrolló frente a los empíricos y racionalistas la posición ecléctica y conciliatoria de Leibnitz, atribuyendo a los sentidos la materia y a la inteligencia la forma de todo conocimiento.

Opuso Kant un rígido dogmatismo moral al escepticismo lógico, defendiendo en nombre de la conveniencia práctica la necesidad de ciertas hipótesis metafísicas que él mismo había considerado ilegítimas ante la pura razón.

Kant no fué idealista en el único sentido filosófico de esta palabra, aplicable antes a Berkeley y después a Schelling y Hegel; su idealismo moral es el compatible con todos los sistemas metafísicos.

Kant ha sido en teoría el más severo adversario de toda nueva metafísica que significase un progreso de la

filosofía y en la práctica resultó el más obsecuente aliado de la metafísica tradicional. Siendo absolutamente ateo, Kant se preocupó de disimularlo explicando en términos religiosos su riguroso panteísmo moral, para no herir de frente las creencias reinantes en su medio; incurrió así en la hipocresía común a casi todos los filósofos.

Aunque el eclecticismo pragmatista de Kant carece de valor filosófico actual, su obra constituye uno de los más grandes monumentos legados por la razón humana a la admiración de los historiadores de la filosofía.

En la brevedad voluntaria del ensayo, Ingenieros adoptaba como historiador la misma actitud que en el *Boutroux*.

"Harto sabemos —decía— que el criterio reinante en los medios filosóficos profesionales difiere del expuesto y que estas opiniones podrían merecer el usual dicitario de incomprensión o de ignorancia. Kant es ya un ser mitológico en las escuelas y opinar sobre los dioses ha sido equiparado a blasfemar. Kant merece ese culto. Con su dogmatismo práctico sirvió al filosofismo universitario, que no es almácigo de genios creadores sino huerta de medianías didácticas y le entregó el más sabio instrumento inventado por la hipocresía de los filósofos para restaurar en el terreno de la moral todo lo que se destronó en el de la lógica, señalando el camino que sin dejar de conducir a Dios, permite conversar en el trayecto con el Diablo".

Y por eso, entre el coro de alabanzas de su segundo centenario, la opinión tan irreverente de Ingenieros parecía renovar el cuento de aquel gran hereje que se atrevió a proclamar desnudo al rey ingenuo vestido con telas invisibles.

V.

EL ESCRITOR

ESA misma lealtad del pensamiento era la misma lealtad en el estilo. La ciencia aspira a una adaptación perfecta, a un sistema de pensamientos ordenados y sin contradicciones. No es posible razonar justamente sino con una sintaxis rigurosa y un léxico preciso. Un texto científico no puede ser comprendido sino de una manera y nada más que de esa manera. La expresión inexacta corrompe la verdad y una falta de estilo es una falta de ciencia.

No se concibe bien sino lo que puede enunciarse claramente. La precisión del estilo mide la precisión de las ideas y es regla primera del lenguaje de las ciencias la terminante advertencia del *Discurso del Método*: "no es clara y precisa una noción sino cuando el término que la designa está rigurosamente definido". El esfuerzo por hallar la fórmula correcta es la mejor disciplina de la lógica, como que alternativamente las ideas fijan las palabras y las palabras fijan las ideas.

Cuando un razonamiento es retomado y traducido de modos diferentes hay probabilidades de que ninguno sea el verdadero, como la multiplicación de los epítetos demuestra claramente que no se ha encontrado el único preciso.

La ciencia aspira a ser una narración impersonal de los fenómenos y la historia de su desarrollo sólo cuenta los esbozos o aproximaciones sucesivas. De ahí la necesidad de un lenguaje que nada prejuzgue, que no comprometa, que no incorpore a la descripción hipótesis sobreagregadas. Bastó simplemente trasladar al análisis de los seres inferiores, los mismos tecnicismos de nuestra anatomía, para que a principios del siglo XIX un microscopista como Ehrenberg creyera descubrir en los organismos unicelulares, la complejidad del cuerpo humano.

Millares de expresiones inexactas continúan circulando todavía en el lenguaje de las ciencias y nada de seguro podrá avanzarse en ellas mientras no se depure su léxico caótico. La ambigüedad de los términos es una concesión a la pereza, cuando no una inmoralidad en el estilo.

El artista que busca la expresión emocionada, interpreta la realidad y la deforma. Lírica en su estructura, figurada en sus términos, la literatura aspira a crear, dentro del lenguaje de todos, otro lenguaje capaz de expresar los matices fugitivos del sentimiento individual.

Todo el trabajo de su estilo, toda la lucha encarnizada por hallar la palabra justa y el epíteto raro, la sonoridad expresiva y el ritmo insinuante no tienen otro fin que perseguir más allá de la abstracción pura y de la pura objetividad, esa "virtud intrínseca" de que hablaba Flaubert: "una especie de fuerza divina, algo de eterno como un principio".

Crítico en su estructura, objetivo en sus términos, el lenguaje de las ciencias exige, en cambio, una sumisión absoluta, una modestia nunca desmedida, un olvido completo de sí mismo. Ingenieros ha dado en castellano, la forma más alta de ese estilo. Circunspecto en la afirmación, prudente en la hipótesis, riguroso siempre, yo no conozco nada más simple, más recto, más franco. Sabía que el estilo de las ciencias es también un instrumento de la verdad y las sucesivas correcciones de sus libros, dicen bien hasta donde llegaba su honestidad de laborioso. Rehacía sus borradores veinte veces, en procura de la fórmula definitiva que no traicionara, ni en un matiz, la transparencia de la idea. Con un amor apasionado de la claridad y de la proporción que parecía venirle por la sangre desde la remota Sicilia helénizante, sufría en el desorden como en la obscuridad y las innumerables correcciones de sus manuscritos van señalando las sucesivas aproximaciones de un estudioso a un problema planteado con exactitud siempre creciente.

Pero si el estilo es, por definición, el ritmo personal e inconfundible, ¿decir exactitud absoluta no equivale a decir, ausencia del estilo? Nada más falso, sin embargo. Hay tantas maneras de exponer una experiencia de fisiología o de narrar un cuadro clínico, como espíritus capaces de pensarlo y nada tan distinto, tan profundamente individual, como una memoria de Claudio Bernard o un comunicado de Pasteur. Dentro del método que es único, las divergencias individuales acentúan sus perfiles y basta comparar sobre el mismo asunto, una lección de Kraepelin y una lección de Magnan. La exactitud de las fórmulas es, tan solo, el primer paso; vendrá después, la empresa ruda de la ordenación y el equilibrio. Todo el secreto del estilo en la construcción y hasta los efectos de fuerza son efectos de matices.

La prosa de las ciencias también tiene sus héroes y una página de los *Principios de Psicología* puede dar, a quien esté en condiciones de gustarla, una hora de deleite infinito. Y en este solo párrafo, de tan severa elegancia, véase qué riqueza en las transiciones, cuánta armonía en el ritmo, cuán sabia distribución del interés: "Ninguna psicología humana merece el nombre de *ciencia natural* si, un siglo después de haberse enunciado el transformismo, no toma como punto de partida, a través de la filogenia, la evolución de las funciones psíquicas. El alma del hombre sólo fué incomprendible para los que desdeñaron buscar sus orígenes en las *almas*

de las otras especies vivas que han aprendido a sentir, a gozar y a pensar, en una lenta progresión a través de millones de siglos. Nosotros, los hombres, hemos perfeccionado su lenguaje y podemos escribir su historia, que es la de nuestros propios orígenes".

Un dominio completo del idioma, un contacto directo con los grandes escritores, le habían dado, desde muy temprano, el verdadero sentido de la prosa. Por esparcimiento o por alarde, cultivó alguna vez, la literatura propiamente dicha, pero nunca se dejó engañar a su respecto, y en el prefacio a la edición definitiva de las *Crónicas de viaje* dejó constancia expresa de que no se reconocía en muchas páginas. Hombre de ciencia en el sentido más estricto, se atrevió a escribir estas palabras que un hombre de letras miraría horrorizado: "La literatura —que no es de confundir con el buen estilo— es excelente si produce obras de imaginación, pero es nociva cuando embrolla la investigación de la verdad".

Esa servidumbre a la verdad fué todo el anhelo de su estilo y yo no vacilo en aplicar a su prosa científica, el adjetivo proscrito: es perfecta. Cuando se estudien las transformaciones del castellano en América, las historias no dudarán en hermanar dos nombres, que ya lo estaban en la amistad y en el cariño, el de Darío, como el más grande lírico moderno, y el de Ingenieros, como el más alto prosador científico.

VI

EL MAESTRO

LA aparición de *El Hombre Mediocre* señala en la vida de Ingenieros, el comienzo de un largo reinado sobre la juventud americana. Por el aliento lírico del libro, por el soplo idealista que lo inspira, por la visión radiante de optimismo que lo cierra, Ingenieros conquistó, desde entonces, la admiración y el respeto de los jóvenes.

Sobradas pruebas recibió muy pronto, de que su esfuerzo no era estéril. La Reforma Universitaria, iniciada como un movimiento de protesta contra una escuela envejecida, se convirtió rápidamente en una verdadera revolución estudiantil (mayo de 1918). Una nueva generación entraba a la vida proclamando muy alta su inquietud renovadora, y el país entero, preocupado de otras cosas, sintió, con asombro, su empuje y su fuerza. Entre las pasiones callejeras que el periodismo encendía y los políticos aprovechaban, la juventud universitaria de Córdoba tomaba por asalto el más firme reducto de la reacción conservadora.

Mientras tanto, la neutralidad aparente de la Nación, no alcanzaba a impedir que llegaran hasta nosotros los estragos de la tragedia remota. Las facciones rivales envenenaban los espíritus con sus odios recíprocos y la guerra vivía en los hogares, en las escuelas, en los partidos. Las mentiras de la prensa capitalista, la propaganda de las agencias inglesas, el viejo amor filial hacia la Francia, el aparente idealismo del presidente Wilson, parecieron conferir a los ejércitos aliados la defensa victoriosa de los ideales revolucionarios.

Voces aisladas llegaron más tarde: Romain Rolland, Barbusse, Frank, Latsko... Con los ojos enrojecidos por la hoguera, con la palabra casi quebrada por la emoción, los *precursores* nos gritaban todo el horror de la mentira inicua: nada de guerra por el derecho, nada de guerra por la justicia. Industriales de un lado, industriales del otro; carbón y acero, hulla y petróleo. La pobre bestia humana perecía a millones; ellos en cambio conquistaban la gloria, entraban a las Academias, centuplicaban sus tesoros.

Nadie ha contado aún como latía nuestro corazón de los veinte años en aquel momento decisivo de la historia. En la incertidumbre y el desconcierto, llevábamos vividos varios años, tenso el oído a los rumores lejanos. Sabíamos sí, con absoluta certidumbre, que la sociedad feudal agonizaba y que entre los escombros de un mundo deshecho, empezaba a diseñarse la ciudad del

futuro. Desde la Rusia remota, el resplandor de la hoguera llegaba hasta nosotros con un sordo clamor creciente, enorme y vago como el pensamiento de las muchedumbres. Eran tan inauditos los sucesos, se sucedían en forma tan vertiginosa, oscilaba de tal modo la mentalidad del mundo, que retrocedieron para nosotros, los límites de lo imposible. Como en el verso de Milton, "en medio del día habíamos visto levantarse la aurora".

Pero, ¿cómo discernir entre el tumulto de las voces, la palabra de vida que señalara el camino? ¿Quién echaría sobre sí la responsabilidad tremenda del orientador y del vigía? En torno nuestro, el espectáculo indigno de los momentos graves: los profesionales de la política moviéndose en las sombras; los intelectuales del país llamándose a silencio. El miedo en todas partes; el miedo hipócrita que siempre habla de la patria y del hogar comprometido; el miedo, en fin, que habría de dar, muy pronto, en la "Gran Colecta" su nota cómica y en la "semana de Enero" su mueca trágica.

Sólo un hombre podía hablar y hacia él se volvían nuestros ojos. Millares de estudiantes y de obreros caldeaban la sala del Teatro Nuevo, la noche aquella de la conferencia memorable (22 de noviembre de 1918), como si la intensidad de la expectativa pusiera en cada uno, un trémolo de emoción. Ingenieros apareció por fin, y con la misma sencilla naturalidad de todo lo suyo, se adelantó a la tribuna como si fuera una cátedra.

Trazó a grandes rasgos el panorama revolucionario de la preguerra, tal como se había presentado, con signos inequívocos, en las transformaciones de la política, en las legislaciones del trabajo, en la renovación de los ideales éticos. En los talleres y en las escuelas, en los parlamentos y en las barricadas, mil indicios sugestivos pronosticaban la inminencia de una crisis decisiva y nadie ignoraba que una guerra entre los grandes estados capitalistas europeos, traería como consecuencia lógica, el triunfo definitivo de las más radicales aspiraciones de las izquierdas. Pero vino la "gran guerra" y pocos, muy pocos en el mundo, pudieron abstraerse a la locura colectiva. La humareda de los combates, pareció enceguecerlos, tomando partido por uno u otro de los bandos combatientes, como si residiera en la victoria de las armas, la finalidad verdadera de la guerra. Fué a principios del 18 cuando ocurrió en Rusia un vuelco decisivo, y el quinto congreso panruso de los soviets, al dictar para los pueblos emancipados el Estatuto Constitucional, inauguraba un nuevo capítulo en la filosofía del derecho político, imprimiendo nuevos caracteres al sistema republicano de gobierno, nacionalizando las fuentes de producción, suprimiendo el parasitismo de las clases ociosas. Pese a las injurias de las agencias telegráficas que los gobiernos interesados difundían por el mundo, Ingenieros afirmaba que el movimiento maximalista representa la Revolución Social en su signifi-

cado verdadero, tal como fuera previsto antes de la guerra y tal como pusiera un rayo de esperanza en los ojos moribundos de Reclus.

Los errores inevitables del comienzo, las aparentes contradicciones de los primeros pasos, los excesos del sectarismo o del terror, podrán perturbar el juicio de los envejecidos o de los espantadizos. Para quien siga el curso de la historia con la visión panorámica que ignora los detalles, la Revolución Rusa, señala en el mundo, el advenimiento de la justicia social. Preparémonos a recibirla; pujemos por formar en el alma colectiva, la clara conciencia de las aspiraciones novísimas. "Y esa conciencia —terminaba Ingenieros— sólo puede formarse en una parte de la sociedad, en los jóvenes, en los innovadores, en los oprimidos, que son ellos la minoría pensante y actuante de toda sociedad, los únicos capaces de comprender y amar el porvenir".

Jamás, como en aquella noche, Ingenieros estuvo tan cerca de nuestro corazón.

*
* *

Había creado el alma de una generación, con sólo dejar hablar la suya. Vivió, desde entonces, con la obsesión constante de orientarla y educarla. Desde los hombres del 80, ninguna generación ha sido llevada por

manos más gloriosas a la pila bautismal de la historia. Para ella fueron los trípticos inflamados que *Las Fuerzas Morales* reunirán en breve: para ella se escribieron *Las Doctrinas de Ameghino*, (1919) para ella se tallaron, piedra a piedra, los soberbios monumentos de *La Evolución de las Ideas Argentinas* (1917-1920).

“Grandes ejemplos morales necesita la juventud —había escrito— el más educador es la vida de un sabio ilustre consagrada toda entera a la investigación de la verdad. Pocos hombres de ciencia igualaron a Ameghino por la fe en sus ideales; ninguno podrá excederle por la austeridad con que los sirvió sin descanso.” Para narrar esa vida, para resumir esa obra, Ingenieros robó horas a la propia producción, orgulloso de sacrificarlas a la gloria del amigo y satisfecho de poner en manos de los maestros argentinos ese resumen insuperable que da la medida más justa de su inteligencia.

“Rinda culto la juventud de nuestros pueblos —escribió otra vez —a los grandes hombres que lucharon por la emancipación política, por el ascenso ético, por la justicia social, manteniendo la continuidad del espíritu en el curso de la historia. Nació la conciencia revolucionaria con el anhelo de la independencia; triunfó derribando el feudalismo colonial, fué enriquecida por obra de pensadores y estadistas, renació en cada generación y fué el núcleo de ideales sin cesar integrados por las minorías ilustradas. Ame la juventud ese pasado en mar-

cha y subraye admirativamente sus valores en la historia de los pueblos nuevos; pero sólo será justa si al mismo tiempo reprueba a cuantos obstruyeron la obra secular, pues los que fueran ayer sus enemigos, hoy y mañana lo serán por fuerza.”

Concibiendo la ética nacional como una función que se desenvuelve en la historia, Ingenieros quiso seguir, paso a paso, su desarrollo concreto en vez de divagar sobre principios abstractos. Penetró en el pasado más lejano, buscó los orígenes ocultos de nuestra alma moderna, y después de entroncarla con la cultura europea, persiguió a través de las corrientes ideológicas que inspiraron las minorías más cultas, las peripecias de la guerra a muerte entre las dos filosofías políticas que la Revolución Francesa ha definido. Por su orientación tan lealmente confesada, *La Evolución de las Ideas Argentinas*, más que un complemento de la *Sociología*, aparece como la coronación definitiva y magnífica de esa prédica moralista que se inicia con *El Hombre Mediocre* y se afirma en las lecciones sobre Emerson.

La guerra europea y la Revolución Social han dividido a la humanidad entera en dos facciones de ideales perfectamente definidos. Terminada la guerra feudal de los gobiernos, vivimos desde hace varios años, y continuaremos viviendo muchos más, esta otra guerra civilizadora de los pueblos. No se trata ya de escueltas contiendas militares o políticas; es una batalla de prin-

cipios, es una contienda de ideales agitándose por encima de los hombres que muchas veces los ignoran. ¿Es necesario completar mediante grandes reformas el nuevo régimen iniciado por la Revolución o resistir a su advenimiento conservando los restos del antiguo? He ahí, en su trágica sencillez, el dilema político de las sociedades actuales. ¿Conviene que los jóvenes argentinos mediten sobre esos problemas y tomen conscientemente posiciones, por el pasado o por el porvenir? Plantear la respuesta equivale a resolverla. No es dudosa la respuesta para quien siga uno por uno los capítulos soberbios de *La Evolución de las Ideas*.

*
* *

Las proyecciones sociales de sus últimas obras, la amplitud de criterio con que aborda el problema argentino, el gran calor humano de sus discursos laicos, extendieron más allá de las fronteras su influencia extraordinaria de maestro. Alejado desde 1911, de todo puesto público o administrativo; retirado de la Universidad en 1919, por no complicarse en las sucias intrigas con que la política corrompía a la Reforma; terminada su carrera a la edad en que otros la comienzan, Ingenieros ejercía, desde su biblioteca de estudioso, una poderosa gravitación americana. Los diarios conservadores del

país fingían ignorarlo, pero las revistas juveniles de la América latina se disputaban sus escritos, reproducían sus párrafos, comentaban sus obras. Docenas de bibliotecas llevaban su nombre, millares de libros se le dedicaban. Las federaciones de estudiantes pedíanle consejos; los centros socialistas le tenían por protector y por amigo. Cada uno de sus libros despertaba vocaciones, agitaba problemas, removía prejuicios, invitaba a la acción. Amigos ignorados y lejanos desparramaban sus ideas, se exaltaban con su prosa, se estimulaban con su ejemplo. Muchos de ellos tienen ya un puesto honroso en la cultura americana, y cuando se escriba —para no recordar sino un solo caso— la historia del primer gobierno socialista de Yucatán, se verá cuán honda era la influencia de Ingenieros en aquel glorioso Felipe Carrillo que llevó a la lengua de los Maya, el verbo inflamado de la Revolución.

Ningún escritor de América podía comparársele en la difusión de su prestigio y en el respeto profundo con que se le escuchaba. Y cuando en su famoso discurso en honor de Vasconcelos echó las bases de lo que habría de ser más tarde la "Unión Latino Americana", ningún hombre joven del continente permaneció sordo a aquel llamado imperativo.

Contagiaba sus preocupaciones y las imponía y la historia intelectual de los últimos veinte años gira en torno de su obra, para secundarla o para combatirla.

Definitivo en sus opiniones como lo era en sus actos, no admitía el término medio o la tibieza. Tuvo, por eso, a millares, admiraciones apasionadas y odios irreconciliables. Nunca se preocupó de los segundos ni nadie notó jamás en su palabra, una intención de mezquindad o de rencor.

Quería "hacer", por encima de todo, y no creía justo malgastar su tiempo, en polémicas ociosas o en críticas estériles. Lo sabíamos capaz de realizar mucho más de lo que había prometido. Contaba para ello con esa asombrosa capacidad de trabajo que no le abandonó un solo instante. "El trabajo intelectual es mi hijo —declaró una vez—. Necesito consagrar las tardes al ejercicio de mi profesión para costearme durante la noche el vicio de leer y de escribir. Lo practico entre 10 de la noche y 5 de la mañana, más o menos, sin un minuto de intervalo. Generalmente leo y tomo notas; escribo por rachas, sin distraerme del tema, hasta terminar el artículo o el libro. Tengo, en suma, una buena máquina lubricada por lecturas incesantes y que trabaja siempre con regularidad, sin los sobresaltos accidentales de la inspiración. El único inconveniente de mis hábitos consiste en que paso meses y aún años, sin salir de día ni ver el sol. Esta vida nocturna puede vulnerar la salud; lo comprendo y a nadie se la aconsejo; pero no podré variarla mientras necesite ejercer mi profesión

para vivir. El lujo de estudiar y de escribir me cuesta este sacrificio".

Trabajador disciplinado, con hábitos contraídos en el estudio de las ciencias naturales, nada concedía a la improvisación o a la ligereza. Mentalidad completamente adueñada del sentimiento, juzgaba los sucesos y los hombres con rigurosa objetividad. La idea no fué nunca el comienzo del acto y por eso la acción a realizar no le dictó jamás la idea que le era necesaria. Había llegado así a la serenidad y a la fuerza de las certidumbres profundas.

Buscábamos por eso, su juicio o su consejo con la seguridad absoluta de su lealtad y quién llegaba a penetrar en lo hondo de su espíritu quedaba incorporado, para siempre, al círculo de sus amigos fraternales. Dábase a la amistad con amplitud generosa, y en el seno de la tertulia íntima, Ingenieros era, para nosotros, el buen "Pepe" cordial y juvenil. Sentíamos la necesidad de su contacto y era nuestro cariño de esos tan hondos y tan puros que jamás se lo dijimos.

No se habían despedido los últimos enfermos, y ya un grupo de hombres jóvenes invadíamos su consultorio. En la pieza en penumbra, bajo el resplandor verdusco de la lámpara, entre una pila de libros y una montaña de cartas, su voz nos recibía antes de verlo. Era después el apretón caluroso de su mano amiga o el abrazo estrecho del camarada expansivo. Una frente algo

fuyente, agrandada por la calvicie invasora, y tras de los pómulos prominentes, claros ojos burlones que escudriñaban con curiosidad afectuosa. Bajo el bigote galán, la boca chica de labios sensuales, gustaba sonreír de buenas ganas. Una expresión total de fuerza y de optimismo, con algo del regocijo de un triunfador feliz a quien la vida dió satisfacciones tempranas. Apenas encendido su primer cigarrillo, la charla efusiva comenzaba: una charla juguetona de escolares en recreo, que se prolongaba en la sobremesa del club o en el calor del hogar, con la amistad de la esposa y de cuatro criaturas deliciosas.

La noche nos tomaba siempre a la deriva, y era unas veces la excursión caprichosa con algo de aventura, y era otras el complot travieso con algo de manteo.

De nosotros a él, mediaba una diferencia de veinte años, pero su buen humor y su salud nos la hacían olvidar. Consagrado en Europa y en América, como la más vigorosa personalidad del continente, seguía guardando en el fondo de su alma, la misma frescura de "La Syringa" juvenil. Pero algo había además que conquistaba definitivamente nuestro corazón: insuperable camarada en el regocijo, era también supremo compañero de los malos ratos. Y si a Ingenieros llevábamos nuestros infortunios, a "Pepe" confiábamos nuestras amarguras.

Tenía la exquisita sensibilidad de los burlones, como si la risa fácil fuera la mejor aliada de la lágrima pronta.

Lo hemos visto deshacerse en sollozos junto al cadáver de Monteavaro; lo hemos visto abstraer muchas horas al trabajo, para visitar en los arrabales de Buenos Aires, a una vieja y fiel mucama moribunda...

*
* *

Cuando en mayo de 1925, el gobierno de Francia lo invitó oficialmente para asistir a las fiestas del centenario de Charcot, su ausencia de pocos meses nos hizo comprender hasta dónde se había impuesto en la amistad y en el cariño.

No ignorábamos lo que aquel viaje significaba en sus últimos diez años de labor infatigable, pero con el egoísmo propio del afecto, exigíamos su regreso, como una necesidad. A mediados de septiembre, lo teníamos de nuevo entre nosotros. Más fuerte y más joven que nunca, Ingenieros regresaba exuberante de fuerza y de esperanza. Había sentido en París, el hervor fecundo de los estudiantes latino americanos; había presenciado en Méjico —que lo recibiera como "huésped de honor"— las transformaciones de un gran pueblo que lleva al terreno de los hechos, con valentía admirable, los más modernos ideales de justicia social.

Venía resuelto a terminar su obra, antes de disponerse para la otra partida ineludible. Pensaba dirigir,

ante todo la edición de *Las fuerzas morales*, definitivamente corregida; y después de echar un último vistazo al *Tratado del Amor*, que necesitaba todavía algún retoque, se preparaba a concluir el último volumen de *La Evolución de las Ideas Argentinas*. Cerrado ese ciclo, en el cual incorporaría tal vez, una *Genética de las sensaciones* a la cual faltaba el último capítulo, pues los dos primeros ya se habían publicado en la Revista de Filosofía, dedicaría el resto de los años de su salud mental, a la redacción de esos *Principios de Metafísica*, que le venían preocupando desde hacía tanto tiempo y del cual son las *Proposiciones*, el brillante itinerario.

El vasto plan a realizar no le arredraba. Tenía el orgullo y la vanidad de su salud y bien sabía que, a no fallarle ésta, su voluntad le era fiel. Nunca había estado enfermo y cuando por un accidente se fracturó la pierna, no interrumpió un solo día sus tareas habituales. "Yo no faltaré al consultorio, sino para morir", nos decía muchas veces. Por eso cuando a mediados de octubre, una tarde que pasamos a buscarlo como todas las tardes, nos dijo su portero —el fiel Manuel que lo acompañara veinte años— que "el doctor no había ido", nos miramos con asombro.

Lo hallamos en su casa, dolorido. Desde varios años atrás, sufría de tiempo en tiempo, con una vieja neuralgia que por suerte resistía muy mal al tratamiento. Esta vez parecía no ceder y un edema de los párpados

le desfiguraba el rostro por completo. Con ligeras variantes la situación se prolongó algunos días, hasta que por fin, empezó a mejorar. Persistía, sin embargo, una tumefacción bien visible de la frente, a la altura de los senos. No ignoraba el significado posible de aquella pretendida "neuralgia", pero como el dolor desaparecía casi por completo, llegó tal vez a ilusionarse.

De nada valieron algunas insinuaciones amistosas; consideraba a la enfermedad como a una humillación y tenía por la ciencia de los colegas un escepticismo bondadoso.

Reabrió su consultorio, se incorporó a la tertulia de los íntimos y todo hizo creer que la tremenda amenaza se había disipado. Dos días apenas duró aquella calma. El 29 de octubre por la tarde lo encontramos vencido, y esta vez para siempre.

Pasó la noche en una tranquilidad relativa, pero sin modificaciones apreciables. Al día siguiente, el cuadro se había ensombrecido y al anochecer la meningitis, con su cortejo siniestro anunciaba hora por hora, la vecindad del instante irremediable. A media noche entró en coma. La respiración estertorosa se prolongó algunas horas. Cuando cesó, mi reloj señalaba las 6.50 de la mañana.

El telégrafo desparramaría, por la América entera,

la noticia fulminante y yo sabía muy bien, que al conocerla, sentirían los jóvenes de América, la misma angustia horrible que me veló los ojos.

*
* *

Los hombres representativos del momento de un pueblo o de una raza, dejan huella profunda en el alma de las generaciones, como los acontecimientos de la naturaleza en la estructura de las plantas. Y es que hay en la obra de los grandes maestros, una perdurable repercusión espiritual, como si el soplo que los animara en vida, se difundiera después, en el alma colectiva.

Cuando la muerte los coge, no dejan, por eso, en torno suyo, la sensación indecible de un vacío. Dijérase, en cambio, que la voz, no extinguida, continuara todavía, encendiendo ideales, exaltando energías, conminando a la acción. Fuerza es, entonces, afrontar la partida con aquella soberbia firmeza estoica que estrangulaba el dolor como a una indignidad.

Por la severa belleza de su vida, por la ejemplar rectitud de su conducta, por el amor entusiasmado hacia la verdad y por la valentía indomable con que la sirviera, Ingenieros es, desde ya, una de las "fuerzas morales" de nuestro pueblo; la más pura de sus fuerzas morales. Las alternativas históricas de su prestigio, irán reflejando las

sucesivas transformaciones de nuestras democracias, y hacia él remontarán todos los ideales de vanguardia, a la manera de aquel río gigante a quien los indios llamaron *Meschasebe* porque era considerado como el padre de los ríos.

Donacion Bustosini #10⁰⁰

ESTE LIBRO SE TERMINO DE
IMPRIMIR EL 25 DE AGOSTO DE
1948, EN LOS TALLERES GRAFICOS
IGLESIAS Y MATERA S. R. L.,
LAVALLE 1653, BUENOS AIRES.



Distribuidor Obras Completas
de Anibal Ponce, Casilla de
Correos 3302 - Buenos Aires
J. Aguirre

Precio de venta: \$ 6